

«Satanás encontró a Cristo en el desierto desolado, sin compañía, sin comida y sufriendo. Su entorno era de lo más melancólico y repulsivo».

Foto: El desierto de Judea, al este de Jerusalén, donde Jesús ayunó en soledad durante cuarenta días y cuarenta noches.

ÍNDICE

PREFACIO

1. La criatura puesta a prueba
2. Sacrificio de intercesión
3. La tentación
4. Las piedras en panes
5. No parlamentó con la tentación
6. Cristo nuestra esperanza
7. El control de las pasiones
8. Complacerse en las apariencias
9. El conflicto de Cristo con Satanás
10. Salud y felicidad
11. Fuego extraño
12. Pecado de presunción
13. Grandes señales y prodigios

APÉNDICE de P. Luisetti

Puede acceder al tema deseado haciendo clic en él.



Título original en inglés:

CONFRONTATION

de Elena G. de White

Fotografía de 1899.
Elena G. de White (1827–1915) a los 72 años de edad.

PREFACIO

Elena G. de White en diferentes momentos escribió sobre la tentación y la caída del hombre, el plan de redención y la victoria de Cristo en el desierto de la tentación. En 1874 y 1875 en una serie de 13 artículos publicados en *Review and Herald,* trató estos temas en profundidad. Esta compilación presenta los artículos mencionados agrupados en una secuencia única. El texto refleja las intenciones del autor, ofreciendo al lector atento ánimo y lecciones prácticas adecuadas a nuestros tiempos.

El tema central

La tentación se presenta como la satisfacción del propio egoísmo, la complacencia desmedida de los deseos de la vista y el orgullo por todo lo que se posee. El autor nos recuerda la existencia de Satanás — ese adversario y seductor que cambia de apariencia —, quien emplea su astucia para sembrar dudas, desconfianza, rebelión e incredulidad en la mente de la humanidad, alejándola de la gracia que da vida. ¿Qué camino podemos seguir para escapar de este laberinto? Jesús, nuestro modelo, no cede ante las artimañas del adversario — diseñadas para tenderle trampas — al enfrentarlo; por el contrario, demuestra el poder de la Palabra de Dios y contrarresta los sofismas del tentador con aquella breve frase que ha pasado a la historia: «Está escrito».

La controversia se repite

«Muchos consideran este conflicto entre Cristo y Satanás como si no tuviese importancia para su propia vida; y para ellos tiene poco interés. Pero esta controversia se repite en el dominio de todo corazón humano. Nunca sale uno de las filas del mal para entrar en el servicio de Dios, sin arrostrar los asaltos de Satanás. Las seducciones que Cristo resistió son las mismas que nosotros encontramos tan difíciles de resistir. Le fueron infligidas en un grado tanto mayor cuanto más elevado es su carácter que el nuestro. Llevando sobre sí el terrible peso de los pecados del mundo, Cristo resistió la prueba del apetito, del amor al mundo, y del amor a la ostentación que conduce a la presunción. Estas fueron las tentaciones que vencieron a Adán y Eva, y que tan fácilmente nos vencen a nosotros.

Elena G. de White, *El desedeado de todas la gentes,* capítulo 12.

Capítulo 1 La criatura puesta a prueba

Después del bautismo de Jesús en el Jordán, fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Cuando salió del agua, se postró a orillas del Jordán e imploró al gran Eterno fuerza para soportar el conflicto con el enemigo caído. La apertura de los cielos y el descenso de la excelsa gloria atestiguaron su carácter divino. La voz del Padre declaró la estrecha relación de Cristo con su Majestad Infinita: "Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia" (Mateo 3:17). La misión de Cristo iba a comenzar pronto. Pero antes debía retirarse de las ajetreadas escenas de la vida a un desierto desolado con el propósito expreso de soportar la triple prueba de la tentación en favor de aquellos a quienes había venido a redimir.

Satanás, que una vez fue un ángel honrado en el Cielo, había ambicionado los honores más exaltados que Dios había conferido a su Hijo. Sintió envidia de Cristo, y manifestó a los ángeles que lo honraban como querubín protector que no se le habían conferido los honores que su posición exigía. Afirmó que debía ser exaltado igual en honor a Dios. Satanás obtuvo simpatizantes. Los ángeles del Cielo se le unieron en su rebelión, y cayeron con su jefe de su alto y santo estado, y por lo tanto fueron expulsados con él del Cielo.

Adán, Eva y su hogar en el Edén

Dios, en consejo con su Hijo, formó el plan de crear al hombre a su propia imagen. Fue puesto a prueba. El hombre debía ser probado y comprobado, y si soportaba la prueba de Dios y permanecía leal y fiel después de la primera prueba, no sería acosado con continuas tentaciones, sino que sería exaltado igual a los ángeles, y en adelante inmortal.

Adán y Eva salieron de la mano de su Creador en la perfección de toda dote física, mental y espiritual. Dios plantó para ellos un jardín, y los rodeó de todo lo que era bello y atractivo a la vista, y lo que requerían sus necesidades físicas. Esta santa pareja contemplaba un mundo de belleza y gloria insuperables. Un Creador benevolente les había dado evidencias de su bondad y amor al proveerlos de frutas, vegetales y granos, y había hecho crecer de la tierra árboles de toda variedad para utilidad y belleza.

La santa pareja contemplaba la naturaleza como un cuadro de insuperable belleza. La tierra parda estaba vestida con una alfom-

bra de verde vivo, diversificada con una interminable variedad de flores que se propagaban y perpetuaban a sí mismas. Arbustos, flores y enredaderas regalaban a los sentidos su belleza y fragancia. Las muchas variedades de árboles elevados estaban cargados de frutas de todo tipo y de delicioso sabor, adaptadas para complacer el gusto y satisfacer las necesidades de los felices Adán y Eva. Este hogar edénico proporcionó Dios a nuestros primeros padres, dándoles evidencias inequívocas de su gran amor y cuidado por ellos.

Adán fue coronado rey en el Edén. A él le fue dado el dominio sobre todo ser viviente que Dios había creado. El Señor bendijo a Adán y Eva con una inteligencia que no había dado a la creación animal. Hizo a Adán soberano legítimo sobre todas las obras de sus manos. El hombre hecho a imagen divina podía contemplar y apreciar las gloriosas obras de Dios en la naturaleza.

Adán y Eva podían rastrear la habilidad y la gloria de Dios en cada espina de hierba, y en cada arbusto y flor. La belleza natural que los rodeaba reflejaba como un espejo la sabiduría, la exelencia y el amor de su Padre Celestial. Y sus cantos de afecto y alabanza se elevaban dulce y reverentemente al Cielo, armonizando con los cantos de los exaltados ángeles, y con los felices pájaros que entonaban su música sin preocupación. No había enfermedad, decadencia ni muerte en ninguna parte. Vida, vida había en todo aquello sobre lo que se posaba la vista. La atmósfera estaba impregnada de vida. La vida estaba en cada hoja, en cada flor y en cada árbol.

El Señor sabía que Adán no podía ser feliz sin trabajo, por lo que le dio el agradable empleo de arreglar el jardín. Y, mientras cuidaba las cosas bellas y útiles que lo rodeaban, podía contemplar la bondad y la gloria de Dios en sus obras creadas. Adán tenía temas de contemplación en las obras de Dios en el Edén, que era el Cielo en miniatura. Dios no formó al hombre sólo para contemplar sus obras gloriosas, por eso le dio manos para el trabajo, así como mente y corazón para la contemplación.

Si la felicidad del hombre consistiera en no hacer nada, el Creador no le habría dado a Adán su trabajo señalado. En el trabajo, el hombre debía encontrar la felicidad, así como en la meditación. Adán podía reflexionar que había sido creado a imagen de Dios, para ser como Él en justicia y santidad. Su mente era capaz de continuo cultivo, expansión, refinamiento y noble elevación; porque Dios era su maestro, y los ángeles sus compañeros.

La prueba que hay que superar

El Señor puso al hombre a prueba, para que formara un carácter de firme integridad para su propia felicidad y para gloria de su Creador. Había dotado a Adán de facultades mentales superiores a las de cualquier criatura viviente que hubiera creado. Sus facultades mentales eran muy inferiores a las de los ángeles. Podía familiarizarse con la sublimidad y la gloria de la naturaleza, y comprender el carácter de su Padre Celestial en sus obras creadas. Todo aquello sobre lo que se posaba su vista en la inmensidad de las obras del Padre, provistas con mano pródiga, daba testimonio de su amor y de su poder infinito. En medio de las glorias del Edén, la bondad y la sabiduría de Dios fueron trazadas en todo lo que el ojo se posó.

La primera gran lección moral dada a Adán fue la de la abnegación. Las riendas del autogobierno fueron puestas en sus manos. El juicio, la razón y la conciencia debían prevalecer. "Y tomó Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrase y lo guardase. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás de él, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2:15-17).

Adán y Eva podían comer de todos los árboles del jardín excepto de uno. Sólo había una prohibición. El árbol prohibido era tan atractivo y hermoso como cualquiera de los árboles del jardín. Se llamaba el árbol del conocimiento, porque al comer de ese árbol, del que Dios había dicho "No comerás de él", tendrían conocimiento del pecado, una experiencia de desobediencia.

Eva iba del lado de su marido, contemplando las cosas bellas de la naturaleza en la creación de Dios, deleitando sus sentidos con los colores y la fragancia de las flores y la belleza de los árboles y arbustos. Pensaba en las restricciones que Dios les había impuesto con respecto al árbol del conocimiento. Estaba complacida con las bellezas y generosidades que el Señor había proporcionado para la satisfacción de todas las necesidades. Todo esto, dijo, nos lo ha dado Dios para que lo disfrutemos. Son todos nuestros; porque Dios ha dicho: "De todo árbol del jardín puedes comer libremente; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal, no comerás de él" (Génesis 2:16-17).

Eva había deambulado cerca del árbol prohibido, y se despertó su curiosidad por saber cómo podía ocultarse la muerte en el fruto de este hermoso árbol. Se sorprendió al oír que sus preguntas eran recogidas y repetidas por una voz extraña. "Sí, Dios ha dicho: No

comeréis de todos los árboles del jardín" (Génesis 3:5). Eva no era consciente de que había revelado sus pensamientos al hablar consigo misma en voz alta; por lo tanto, se asombró mucho al oír sus preguntas repetidas por una serpiente. Realmente pensó que la serpiente conocía sus pensamientos y que debía ser muy sabia.

Ella le respondió: "Podemos comer del fruto de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios ha dicho: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis. Y la serpiente dijo a la mujer: No moriréis ciertamente; porque Dios sabe que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal" (Génesis 3:2-5).

Aquí el padre de la mentira hizo su afirmación en contradicción directa con la palabra expresa de Dios. Satanás aseguró a Eva que había sido creada inmortal, y que no había posibilidad de que muriera. Le dijo que Dios sabía que si comían del árbol de la ciencia, su entendimiento se iluminaría, se ampliaría y se ennoblecería, haciéndolos iguales a él. Y la serpiente respondió a Eva que el mandamiento de Dios prohibiéndoles comer del árbol del conocimiento les fue dado para mantenerlos en un estado de subordinación, para que no obtuvieran el conocimiento, que era poder. Le aseguró que el fruto de este árbol era deseable sobre cualquier otro árbol del jardín para hacer a uno sabio y exaltarlo igual a Dios. Él, dijo la serpiente, te ha negado el fruto del árbol que es de todos los árboles el más deseable por su delicioso sabor y estimulante influencia. Eva pensó que el discurso de la serpiente era muy sabio. Consideró injusta la prohibición de Dios. Miró con deseo anhelante el árbol cargado de frutos que parecían muy deliciosos. La serpiente lo comía con aparente deleite. Ella anhelaba este fruto por encima de todos los frutos de todas las variedades que Dios le había dado perfecto derecho a usar.

Eva había exagerado las palabras del mandato de Dios. Él había dicho a Adán y Eva: "Pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás". En la controversia de Eva con la serpiente, añadió la cláusula: "Ni lo tocaréis, para que no muráis". Aquí se vio la sutileza de la serpiente. Esta declaración de Eva le dio ventaja, y arrancó el fruto, y lo puso en su mano, y usó sus propias palabras: "Él ha dicho: 'Si lo tocáis, moriréis'. Ves que ningún daño te viene por tocar el fruto, ni recibirás daño alguno por comerlo".

Eva cedió a los sofismas mentirosos del diablo en forma de serpiente. Comió la fruta, y no se dio cuenta de ningún daño inmediato. Entonces cogió la fruta para ella y para su marido. "Y viendo

la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido con ella, el cual comió" (Génesis 3:6).

Adán y Eva deberían haber estado perfectamente satisfechos con el conocimiento de Dios en sus obras creadas, y por la instrucción de los santos ángeles. Pero se despertó en ellos la curiosidad de conocer lo que Dios había dispuesto que no conociesen. Su felicidad consistía en ignorar el pecado. El elevado estado de conocimiento al que pensaban llegar comiendo del fruto prohibido los sumió en la degradación del pecado y la culpa.

El paraíso perdido

Los ángeles que habían sido designados para custodiar a Adán en su hogar del Edén antes de su transgresión y expulsión del paraíso, fueron designados ahora para custodiar las puertas del paraíso y el camino del árbol de la vida, para que no regresara y tuviera acceso al árbol de la vida y el pecado lo inmortalizara.

El pecado expulsó al hombre del paraíso. Y el pecado fue la causa de que el paraíso fuera eliminado de la tierra. Como consecuencia de la transgresión de la ley de Dios, Adán perdió el paraíso. En obediencia a la ley del Padre y mediante la fe en la sangre expiatoria de su Hijo, se puede recuperar el paraíso. "El arrepentimiento para con Dios", porque su ley ha sido transgredida, y la fe en nuestro Señor Jesucristo, como único Redentor del hombre, serán aceptables para Dios. Los méritos del amado Hijo de Dios en favor del hombre valdrán ante el Padre, a pesar de su pecaminosidad.

Satanás estaba decidido a tener éxito en su tentación con los impecables Adán y Eva. Y pudo llegar incluso a la santa pareja con más éxito a través del apetito que de ninguna otra manera. El fruto del árbol prohibido parecía agradable a la vista y deseable al gusto. Comieron y cayeron. Transgredieron el justo mandamiento de Dios y se convirtieron en pecadores. El triunfo de Satanás fue completo. Tenía entonces la ventaja sobre la raza. Se lisonjeó de haber frustrado con su sutileza el propósito de Dios en la creación del hombre.

Satanás se jactó exultante ante Cristo y los ángeles leales de que había logrado que una parte de los ángeles del Cielo se unieran a él en su audaz rebelión. Y ahora que había logrado vencer a Adán y Eva, afirmaba que su hogar en el Edén era suyo. Se jactó con orgullo de que el mundo que Dios había creado era su dominio.

Habiendo conquistado a Adán, el monarca del mundo, había ganado a la raza como sus súbditos, y ahora debía poseer el Edén y hacer de él su cuartel general. Allí establecería su trono y sería monarca del mundo.

Pero inmediatamente se tomaron medidas en el Cielo para derrotar a Satanás en sus planes. Fuertes ángeles, con haces de luz que representaban espadas encendidas que giraban en todas direcciones, fueron colocados como centinelas para guardar el camino del árbol de la vida de la aproximación de Satanás y de la pareja culpable. Adán y Eva habían perdido todo derecho a su hermoso hogar del Edén, y ahora eran expulsados de él. La tierra había sido maldecida por el pecado de Adán, y desde entonces había de producir cardos y espinas. Adán iba a estar expuesto a las tentaciones de Satanás mientras viviera, y finalmente iba a pasar por la muerte al polvo otra vez.

El plan de redención

Se celebró un concilio en el Cielo, cuyo resultado fue que el amado Hijo de Dios se comprometió a redimir al hombre de la maldición y de la desgracia del fracaso de Adán, y a vencer a Satanás. ¡Oh, maravillosa condescendencia! La Majestad del Cielo, por amor y piedad hacia el hombre caído, propuso convertirse en su sustituto y fiador. Él cargaría con la culpa del hombre. Tomaría sobre sí la ira de su Padre, que de otro modo habría caído sobre el hombre a causa de su desobediencia.

La ley de Dios era inalterable. No podía ser abolida, ni ceder la menor parte de su pretensión de satisfacer al hombre en su estado caído. El hombre fue separado de Dios por la transgresión de su mandamiento expreso, a pesar de que había dado a conocer a Adán las consecuencias de tal transgresión. El pecado de Adán trajo un estado de cosas deplorable. Satanás tendría ahora control ilimitado sobre la raza, a menos que un ser más poderoso de lo que era Satanás antes de su caída tomara el campo y lo venciera y rescatara al hombre.

El alma divina de Cristo se compadeció hasta el infinito del hombre arruinado. Al presentarse ante él su condición miserable y desamparada, y al ver que por la transgresión de la ley de Dios había caído bajo el poder y el control del príncipe de las tinieblas, propuso el único medio que podía ser aceptable para Dios, que daría al hombre otra prueba y lo pondría de nuevo a prueba. Cristo consintió en dejar su honor, su autoridad real, su gloria con el Padre, y humillarse a sí mismo ante la humanidad, y entrar en

contienda con el poderoso príncipe de las tinieblas para redimir al hombre. Mediante su humillación y pobreza, Cristo se identificaría con las debilidades de la raza caída, y mediante una firme obediencia mostraría al hombre cómo redimir el vergonzoso fracaso de Adán, para que el hombre, mediante una humilde obediencia, pudiera recuperar el Edén perdido.

La gran obra de la redención sólo podía llevarse a cabo si el Redentor ocupaba el lugar del caído Adán. Con los pecados del mundo sobre él, pasaría por el suelo donde Adán tropezó. Soportaría la prueba que Adán no pudo soportar, y que sería casi infinitamente más severa que la que Adán tuvo que soportar. Vencería por cuenta del hombre y vencería al tentador, para que por medio de su obediencia, su pureza de carácter y su firme integridad, su justicia pudiera ser imputada al hombre, para que por medio de su nombre el hombre pudiera vencer al enemigo por cuenta propia.

¡Qué amor! ¡Qué asombrosa condescendencia! ¡El Rey de gloria se propuso humillarse ante la humanidad caída! Pondría sus pies en los pasos de Adán. Tomaría la naturaleza caída del hombre y se comprometería a hacer frente al fuerte enemigo que triunfó sobre Adán. Vencería a Satanás, y al hacerlo abriría el camino para la redención de los que creyeran en él de la desgracia del fracaso y la caída de Adán.

Los ángeles en probación habían sido engañados por Satanás, y habían sido inducidos por él en la gran rebelión del Cielo contra Cristo. No soportaron la prueba que se les impuso y cayeron. Adán fue entonces creado a imagen de Dios y puesto a prueba. Tenía un organismo perfectamente desarrollado. Todas sus facultades armonizaban. En todas sus emociones, palabras y acciones había una perfecta conformidad con la voluntad de su Hacedor. Después que Dios hubo hecho todas las provisiones para la felicidad del hombre, y suplido todas sus necesidades, probó la lealtad de Adán. Si la santa pareja era obediente, después de un tiempo la raza sería igual a los ángeles. Como Adán y Eva no soportaron esta prueba, Cristo propuso convertirse en ofrenda voluntaria por el hombre.

Satanás sabía que si Cristo era en verdad el Hijo de Dios, el Redentor del mundo, no le servía de nada que el Señor hubiera abandonado las cortes reales del Cielo para venir a un mundo caído. Temía que su propio poder se viera limitado en adelante, y que sus engañosas artimañas fueran discernidas y expuestas, lo que disminuiría su influencia sobre el hombre. Temía que su dominio y su control de los reinos del mundo fueran impugnados. Recordó las palabras que Jehová le dirigió cuando fue llamado a

su presencia con Adán y Eva, a quienes había arruinado con sus engaños mentirosos: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya. Ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Génesis 3:15). Esta declaración contenía la primera promesa evangélica al hombre.

Pero estas palabras, en el momento en que fueron pronunciadas, no fueron plenamente comprendidas por Satanás. Sabía que contenían una maldición para él, porque había seducido a la pareja santa. Y cuando Cristo se manifestó en la tierra, Satanás temió que fuera en verdad Aquel prometido que debía limitar su poder y finalmente destruirlo.

Satanás tenía particular interés en observar el desarrollo de los acontecimientos inmediatamente después de la caída de Adán, para enterarse de cómo su obra había afectado al reino de Dios, y de lo que el Señor haría con Adán a causa de su desobediencia. El Hijo de Dios, al comprometerse a ser el Redentor de la raza, colocó a Adán en una nueva relación con su Creador. Seguía caído, pero se le abría una puerta de esperanza. La cólera de Dios pendía todavía sobre Adán, pero la ejecución de la sentencia de muerte se retrasó y la indignación de Dios se contuvo, porque Cristo había emprendido la obra de convertirse en el Redentor del hombre. Cristo había de soportar la ira de Dios que en justicia debía caer sobre el hombre. Se convirtió en un refugio para el hombre, y aunque el hombre era ciertamente un criminal, merecedor de la ira de Dios, sin embargo podía, por la fe en Cristo, correr al refugio provisto y estar a salvo. En medio de la muerte había vida, si el hombre decidía aceptarla. El Dios santo e infinito, que habita en luz inaccesible, ya no podía hablar con el hombre. Ninguna comunicación podía ahora existir directamente entre el hombre y su Hacedor. Dios se abstiene por un tiempo de ejecutar plenamente la sentencia de muerte pronunciada contra el hombre. Satanás se lisonjeó pensando que había roto para siempre el vínculo entre el Cielo y la tierra. Pero estaba muy equivocado y decepcionado. El Padre había entregado el mundo en manos de su Hijo para que lo redimiera de la maldición y de la desgracia del fracaso y de la caída de Adán. Sólo a través de Cristo puede el hombre acceder a Dios. Y sólo a través de Cristo mantendrá el Señor comunicación con el hombre.

Cristo se ofreció voluntariamente para mantener y vindicar la santidad de la ley divina. En la obra redentora en favor del hombre, no había de suprimir la menor parte de sus exigencias, sino que, para salvar al hombre y mantener las sagradas exigen-

cias y la justicia de la ley de su Padre, se entregó a sí mismo en sacrificio por la culpa del hombre. La vida de Cristo no menoscabó en un solo caso las exigencias de la ley de su Padre, sino que mediante la firme obediencia a todos sus preceptos, y muriendo por los pecados de los que la habían transgredido, estableció su inmutabilidad.

Después de la transgresión de Adán, Satanás vio que la ruina era completa. La raza humana fue llevada a una condición deplorable. El hombre quedó separado de las relaciones con Dios. El designio de Satanás era que el estado del hombre fuese igual al de los ángeles caídos en rebelión contra Dios, sin un rayo de esperanza. Pensó que si Dios perdonaba al hombre pecador que había creado, también lo perdonaría y recibiría en su favor a él y a sus ángeles. Pero se sintió decepcionado.

El divino Hijo de Dios vio que ningún brazo salvo el suyo podía salvar al hombre caído. Decidió ayudar al hombre. Dejó que los ángeles caídos perecieran en su rebelión, pero extendió su mano para rescatar al hombre que perecía. Los ángeles rebeldes fueron tratados según la luz y la experiencia de que habían gozado abundantemente en el Cielo. Satanás, el jefe de los ángeles caídos, tuvo una vez una posición exaltada en el Cielo. Era el siguiente en honor a Cristo. El conocimiento que él, así como los ángeles que cayeron con él, tenían del carácter de Dios, de su bondad, su misericordia, sabiduría y excelente gloria, hacía imperdonable su culpa.

No había esperanza posible para aquellos que jamás serían redimidos, que habían presenciado y gozado de la inefable gloria del Cielo y habían visto la terrible majestad de Dios, y, en presencia de toda esta gloria, se habían rebelado contra él. No había exhibiciones nuevas y más maravillosas del exaltado poder de Dios que pudieran impresionarlos tan profundamente como las que ya habían experimentado. Si podían rebelarse en la presencia misma del peso inexpresable de la gloria, no podían estar en condiciones más favorables para ser probados. No había fuerza de reserva de poder, ni mayores alturas y profundidades de gloria infinita para dominar sus celosas dudas y rebeldes murmuraciones. Su culpa y su castigo debían ser proporcionales a sus exaltados privilegios en las cortes celestiales.

Fuente: *Review & Herald,* 24 de febrero de 1874.

Capítulo 2 Sacrificio de intercesión

El hombre caído, a causa de su culpa, ya no podía acudir directamente ante Dios con sus súplicas, pues su transgresión de la ley divina había colocado una barrera infranqueable entre el Dios santo y el transgresor. Pero se ideó un plan para que la sentencia de muerte recayera sobre un sustituto de valor superior a la ley de Dios. En el plan de redención debía haber derramamiento de sangre, pues la muerte debía sobrevenir como consecuencia del pecado del hombre. Las bestias para las ofrendas de sacrificio debían prefigurar a Cristo. En la víctima inmolada, el hombre debía ver el cumplimiento por el momento de la palabra de Dios: "Ciertamente moriréis". Y el fluir de la sangre de la víctima significaría también una expiación. No había virtud en la sangre de los animales; pero el derramamiento de la sangre de las bestias debía señalar hacia un Redentor que un día vendría al mundo y moriría por los pecados de los hombres. Y así Cristo vindicaría plenamente la ley de su Padre.

Satanás observaba con intenso interés cada acontecimiento relacionado con las ofrendas sacrificiales. La devoción y solemnidad relacionadas con el derramamiento de la sangre de la víctima le causaban gran inquietud. Para él, esta ceremonia estaba revestida de misterio; pero no era un erudito aburrido, y pronto aprendió que las ofrendas del sacrificio tipificaban alguna expiación futura para el hombre. Vio que estas ofrendas significaban arrepentimiento por el pecado. Esto no concordaba con sus propósitos, y en seguida comenzó a obrar en el corazón de Caín para inducirlo a rebelarse contra la ofrenda sacrificial que prefiguraba un Redentor venidero.

El arrepentimiento de Adán, evidenciado en su dolor por su transgresión, y su esperanza de salvación por medio de Cristo mostrada por sus obras en los sacrificios ofrecidos, fue una desilusión para Satanás. Esperaba conseguir para siempre que Adán se uniera a él en la murmuración contra Dios y en la rebelión contra su autoridad. Aquí estaban los representantes de las dos grandes clases. Abel, como sacerdote, ofreció su sacrificio con fe solemne. Caín estaba dispuesto a ofrecer el fruto de su tierra, pero se negó a unir a su ofrenda la sangre de los animales. Su corazón se negó a mostrar su arrepentimiento por el pecado y su fe en un Salvador ofreciendo la sangre de los animales. Se negó a reconocer su necesidad de un Redentor. Esto para su orgulloso corazón era

dependencia y humillación. Pero Abel, por la fe en un futuro Redentor, ofreció a Dios un sacrificio más aceptable que Caín. Su ofrenda de sangre de animales significaba que era pecador y que tenía pecados que lavar, y que estaba arrepentido y creía en la eficacia de la sangre de la futura gran ofrenda. Satanás es el padre de la incredulidad, la murmuración y la rebelión. Llenó a Caín de duda y de locura contra su hermano inocente y contra Dios, porque su sacrificio fue rechazado y el de Abel aceptado. Y mató a su hermano en su insana locura.

Las ofrendas de sacrificio se instituyeron para ser una promesa permanente al hombre del perdón de Dios a través de la gran ofrenda que se haría, tipificada por la sangre de los animales. Mediante esta ceremonia, el hombre manifestaba arrepentimiento, obediencia y fe en un Redentor venidero. Lo que hizo que la ofrenda de Caín ofendiera a Dios fue su falta de sumisión y obediencia a la ordenanza de su nombramiento. Pensó que sus propios planes de ofrecer a Dios meramente el fruto de la tierra eran más nobles, y no tan humillantes como la ofrenda de la sangre de los animales, que mostraba una dependencia de otro, expresando así su propia debilidad y pecaminosidad. Caín menospreció la sangre de la expiación.

Adán, al transgredir la ley de Jehová, había abierto la puerta a Satanás, y éste había plantado su bandera en medio de su propia familia. Se le hizo sentir en verdad que la paga del pecado es la muerte. Satanás quiso conquistar el Edén engañando a nuestros primeros padres; pero no lo consiguió. En vez de asegurarse el Edén, ahora temía perder todo lo que había reclamado del Edén. Su sagacidad pudo rastrear el significado de estas ofrendas, que señalaban al hombre hacia un Redentor, y eran una expiación típica por el momento por el pecado del hombre caído, abriendo una puerta de esperanza a la raza.

La rebelión de Satanás contra Dios fue muy decidida. Trabajó para guerrear contra el reino de Dios con perseverancia y fortaleza dignas de mejor causa.

Apetito y pasiones

En los días de Noé, el mundo se había corrompido tanto por la indulgencia del apetito y las pasiones degradadas, que Dios fue provocado a destruir a sus habitantes por las aguas del diluvio. Cuando los hombres volvieron a multiplicarse sobre la tierra, la indulgencia del vino hasta la embriaguez pervirtió los sentidos, y preparó el camino para el consumo excesivo de carne y el fortale-

cimiento de las pasiones animales. Los hombres se alzaron contra el Dios del Cielo. Y sus facultades y oportunidades se dedicaron a glorificarse a sí mismos en vez de honrar a su Creador. Satanás encontró fácil acceso a los corazones de los hombres. Es un estudiante diligente de la Biblia, y conoce las profecías mucho mejor que muchos maestros religiosos. Sabe que le conviene mantenerse bien informado en los propósitos revelados de Dios, para poder derrotar los planes del Infinito. Así, los infieles estudian las Escrituras con frecuencia con más diligencia que algunos que profesan guiarse por ellas. Algunos de los impíos escudriñan las Escrituras para familiarizarse con la verdad bíblica, y se proveen de argumentos para hacer créer que la Biblia se contradice a sí misma. Y muchos que profesan ser cristianos son tan ignorantes de la palabra de Dios, por descuido de su estudio, que son cegados por el razonamiento engañoso de los que pervierten la verdad sagrada, para poder apartar a las almas del consejo de Dios en su palabra.

Satanás vio en las ofrendas típicas a un Redentor esperado que iba a rescatar al hombre de su control. Trazó sus planes profundamente para gobernar los corazones de los hombres de generación en generación, y para cegar su comprensión de las profecías, a fin de que cuando Jesús viniera, el pueblo rehusara aceptarlo como su Salvador.

Dios designó a Moisés para sacar a su pueblo de su esclavitud en la tierra de Egipto, a fin de que se consagraran a servirle con corazones perfectos y fueran para él un tesoro peculiar. Moisés era su jefe visible, mientras que Cristo estaba al frente de los ejércitos de Israel, su jefe invisible. Si siempre hubieran podido darse cuenta de esto, no se habrían rebelado y provocado a Dios en el desierto con sus murmuraciones irrazonables. Dios dijo a Moisés: "He aquí yo envío un Ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te introduzca en el lugar que yo he preparado. Guárdate de él, y obedece su voz, no le provoques; porque no perdonará tus rebeliones; porque mi nombre está en él."

Cuando Cristo, como ángel guía y guardián, condescendió a conducir a los ejércitos de Israel a través del desierto hasta Canaán, Satanás se sintió provocado, pues pensó que su poder no podía controlarlos tan bien. Pero como veía que los ejércitos de Israel eran fácilmente influenciados e incitados a la rebelión por sus sugerencias, esperaba inducirlos a la murmuración y al pecado, lo cual atraería sobre ellos la ira de Dios. Y al ver que su poder era sometido por los hombres, se volvió audaz en sus

tentaciones, incitando al crimen y a la violencia. Mediante las artimañas de Satanás, cada generación era más débil en poder físico, mental y moral. Esto le dio valor para pensar que podría tener éxito en su guerra contra Cristo en persona cuando se manifestara.

Algunos pocos en cada generación desde Adán resistieron todos sus artificios y se destacaron como nobles representantes de lo que estaba en poder del hombre hacer y ser: Cristo trabajando con los esfuerzos humanos, ayudando al hombre a vencer el poder de Satanás. Enoc y Elías son los representantes correctos de lo que la raza podría ser mediante la fe en Jesucristo, si así lo eligieran. Satanás se turbó grandemente porque estos nobles y santos hombres se mantuvieron incontaminados en medio de la contaminación moral que los rodeaba, perfeccionaron caracteres rectos y fueron considerados dignos de ser trasladados al Cielo. Como se habían destacado con poder moral en noble rectitud, venciendo las tentaciones de Satanás, éste no pudo ponerlos bajo el dominio de la muerte. Triunfó que tenía poder para vencer a Moisés con sus tentaciones, y que podía empañar su carácter ilustre y llevarlo al pecado de atribuirse gloria ante el pueblo que pertenecía a Dios.

Cristo resucitó a Moisés y se lo llevó al cielo. Esto enfureció a Satanás, y acusó al Hijo de Dios de invadir sus dominios robando a la tumba su presa legítima. Judas dice de la resurrección de Moisés: "Sin embargo, el arcángel Miguel, cuando disputaba con el diablo sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a lanzar contra él una acusación injuriosa, sino que dijo: El Señor te reprenda" (v. 9).

Cuando Satanás logra tentar a los hombres, a quienes Dios ha honrado especialmente, para que cometan pecados graves, triunfa; porque ha obtenido para sí una gran victoria y ha hecho daño al reino de Cristo.

Una amenaza para el reino de Satanás

En el nacimiento de Cristo, Satanás vio las llanuras de Belén iluminadas con la brillante gloria de una multitud de ángeles celestiales. Oyó su cántico: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres". El príncipe de las tinieblas vio a los asombrados pastores llenos de temor al contemplar las llanuras iluminadas. Temblaban ante las exhibiciones de desconcertante gloria que parecían penetrar en sus sentidos. El propio jefe rebelde tembló ante la proclamación del ángel a los pastores: "No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo. Porque os ha nacido hoy,

en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor" (Luca 2:10,11). Había tenido tanto éxito en idear un plan para arruinar a los hombres que se había vuelto audaz y poderoso. Había controlado las mentes y los cuerpos de los hombres desde Adán hasta la primera aparición de Cristo. Pero ahora Satanás estaba preocupado y alarmado por su reino y su vida.

El canto de los mensajeros celestiales que proclamaban el advenimiento del Salvador a un mundo caído, y la alegría expresada por este gran acontecimiento, Satanás sabía que no le presagiaban nada bueno. Oscuros presentimientos se despertaron en su mente en cuanto a la influencia que este advenimiento al mundo tendría sobre su reino. Se preguntaba si no sería éste el que le disputaría su poder y derrocaría su reino. Consideró a Cristo desde su nacimiento como su rival. Incitó la envidia y los celos de Herodes para que destruyera a Cristo, insinuándole que su poder y su reino iban a ser entregados a este nuevo rey. Satanás imbuyó a Herodes de los mismos sentimientos y temores que perturbaban su propia mente. Inspiró la mente corrompida de Herodes para inventar un plan que pensó que tendría éxito en librar a la tierra del rey niño, matando a todos los niños de dos años y menores en Belén.

Pero contra sus planes, Satanás ve actuar un poder superior. Ángeles de Dios protegieron la vida del niño Redentor. A José se le advirtió en sueños que huyera a Egipto, para que en tierra pagana encontrara asilo el Redentor del mundo. Satanás lo siguió desde la infancia hasta la niñez y desde la niñez hasta la edad adulta, inventando medios y maneras de apartarlo de su lealtad a Dios, y vencerlo con sus sutiles tentaciones. La pureza inmaculada de la niñez, juventud y madurez de Cristo, que Satanás no podía manchar, le molestaba sobremanera. Todos sus dardos y flechas de tentación cayeron inofensivos ante el Hijo de Dios. Y cuando vio que todas sus tentaciones no lograban apartar a Cristo de su firme integridad, ni mancillar la pureza inmaculada del joven galileo, quedó perplejo y enfurecido. Consideraba a este joven como un enemigo al que debía temer y temer.

Que hubiera uno que caminara sobre la tierra con poder moral para resistir todas sus tentaciones, que resistiera todos sus atractivos sobornos para seducirlo al pecado, y sobre quien no pudiera obtener ventaja alguna para separarlo de Dios, irritaba y enfurecía a su satánica majestad.

La niñez, la juventud y la madurez de Juan, que vino en el espíritu y el poder de Elías para realizar una obra especial en la preparación del camino para el Redentor del mundo, estuvieron

marcadas por la firmeza y el poder moral. Satanás no pudo apartarlo de su integridad. Cuando se oyó la voz de este profeta en el desierto: "Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas". Satanás temió por su reino. Sintió que la voz que sonaba como trompeta en el desierto hacía temblar a los pecadores que estaban bajo su control. Vio que su poder sobre muchos se había quebrantado. La pecaminosidad del pecado fue revelada de tal manera que los hombres se alarmaron, y algunos, por el arrepentimiento de sus pecados, encontraron el favor de Dios y ganaron poder moral para resistir sus tentaciones.

Estaba en tierra en el momento en que Cristo se presentó a Juan para ser bautizado. Oyó la voz majestuosa que resonaba en el cielo y se propagaba por la tierra como el trueno. Vio los relámpagos brillar desde los cielos sin nubes, y oyó las temibles palabras de Jehová: "Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia". Vio el resplandor de la gloria del Padre cubriendo con su sombra la figura de Jesús, señalando así, con inequívoca seguridad, a Aquel de entre aquella multitud a quien reconocía como su Hijo. Las circunstancias relacionadas con esta escena bautismal habían despertado el odio más intenso en el pecho de Satanás. Sabía entonces con certeza que, a menos que pudiera vencer a Cristo, en adelante habría una limitación de su poder. Comprendió que la comunicación del trono de Dios significaba que el Cielo era más directamente accesible al hombre.

Como Satanás había conducido al hombre al pecado, esperaba que el aborrecimiento de Dios por el pecado lo separaría para siempre del hombre, y rompería el vínculo de unión entre el Cielo y la tierra. Pero la apertura de los cielos en relación con la voz de Dios dirigiéndose a su Hijo fue como un toque de difuntos para Satanás. Satanás temía que Dios uniera ahora más plenamente al hombre consigo mismo y le diera poder para vencer sus maquinaciones. Y con este fin, Cristo había venido de las cortes reales a la tierra. Satanás conocía bien la posición de honor que Cristo había ocupado en el Cielo como Hijo de Dios, el amado del Padre. Y que dejara el Cielo y viniera a este mundo como hombre le llenaba de aprensión por su propia seguridad. No podía comprender el misterio de este gran sacrificio en beneficio del hombre caído. Sabía bien que el valor del Cielo excedía con mucho la previsión y el aprecio del hombre caído. Sabía que los tesoros más costosos del mundo no se compararían con su valor. Como había perdido por su rebelión todas las riquezas y las glorias puras del Cielo, estaba

decidido a vengarse haciendo que cuantos pudiera infravaloraran el Cielo y pusieran sus afectos en los tesoros terrenales.

Era incomprensible para el alma egoísta de Satanás que pudiera existir una benevolencia y un amor por la raza engañada tan grandes como para inducir al Príncipe del Cielo a abandonar su hogar y venir a un mundo manchado por el pecado y abrasado por la maldición. Tenía un conocimiento del valor inestimable de las riquezas eternas que el hombre no tenía. Había experimentado el puro contentamiento, la paz y la exaltada santidad de las alegrías sin paliativos de la morada celestial. Había comprendido antes de su rebelión la satisfacción de la plena aprobación de Dios. Había apreciado plenamente la gloria que envolvía al Padre, y sabía que su poder no tenía límites.

Satanás sabía lo que había perdido. Ahora temía que su imperio sobre el mundo iba a ser impugnado, su derecho disputado y su poder quebrantado. Sabía, por las profecías, que se había predicho un Salvador y que su reino no se establecería en triunfo terrenal y con honor y despliegue mundanos. Sabía que las antiguas profecías predecían un reino que el Príncipe del Cielo establecería sobre la tierra, que reclamaba como su dominio. Su reino abarcaría todos los reinos del mundo, y entonces su poder y su gloria cesarían y él recibiría su retribución por los pecados que había introducido en el mundo y por la miseria que había traído sobre el hombre. Sabía que todo lo que concernía a su prosperidad estaba pendiente de su éxito o fracaso en vencer a Cristo con sus tentaciones en el desierto. Hizo valer sobre Cristo todos los artificios y la fuerza de sus poderosas tentaciones para apartarlo de su lealtad.

Es imposible que el hombre conozca la fuerza de las tentaciones de Satanás al Hijo de Dios. Cada tentación que parece tan aflictiva para el hombre en su vida diaria, tan difícil de resistir y vencer, se hizo sentir sobre el Hijo de Dios en un grado mucho mayor en la medida en que su excelencia de carácter era superior a la del hombre caído.

Cristo fue tentado en todo según nuestra semejanza. Como representante del hombre, soportó la prueba más cercana y la prueba de Dios. Se encontró con la fuerza más poderosa de Satanás. Sus tentaciones más astutas, Cristo las ha probado y vencido en favor del hombre. Es imposible que el hombre sea tentado más de lo que es capaz de soportar mientras confía en Jesús, el Conquistador infinito.

Fuente: *Review & Herald,* 3 de marzo de 1874.

Capítulo 3 La tentación

Cristo no estaba en una posición tan favorable en el desierto desolado para soportar las tentaciones de Satanás como Adán cuando fue tentado en el Edén. El Hijo de Dios se humilló y tomó la naturaleza del hombre después que la raza se había alejado cuatro mil años del Edén y de su estado original de pureza y rectitud. El pecado había estado dejando sus terribles huellas en la raza durante siglos; y la degeneración física, mental y moral prevalecía en toda la familia humana.

Cuando Adán fue atacado por el tentador en el Edén, estaba libre de la mancha del pecado. Estaba ante Dios en la fuerza de su perfección. Todos los órganos y facultades de su ser estaban igualmente desarrollados y armoniosamente equilibrados.

Cristo, en el desierto de la tentación, se puso en el lugar de Adán para soportar la prueba que él no pudo soportar. Aquí Cristo venció en favor del pecador, cuatro mil años después de que Adán diera la espalda a la luz de su hogar. Separada de la presencia de Dios, la familia humana se había ido alejando cada generación sucesiva de la pureza, la sabiduría y el conocimiento originales que Adán poseía en el Edén. Cristo cargó con los pecados y enfermedades de la raza tal como existían cuando vino a la tierra para ayudar al hombre. En favor de la raza, con las debilidades del hombre caído sobre él, debía resistir las tentaciones de Satanás en todos los puntos en que el hombre fuese asaltado.

Adán estaba rodeado de todo lo que su corazón podía desear. Todas sus necesidades estaban cubiertas. No había pecado ni signos de decadencia en el glorioso Edén. Los ángeles de Dios conversaban libre y amorosamente con la santa pareja. Los alegres cantores entonaban sus libres y alegres canciones de alabanza a su Creador. Las pacíficas bestias, en feliz inocencia, jugaban alrededor de Adán y Eva, obedientes a su palabra. Adán estaba en la perfección de la virilidad, la obra más noble del Creador. Era a imagen de Dios, pero un poco inferior a los ángeles.

Cristo, el segundo Adán

En qué contraste se halla el segundo Adán cuando entró en el sombrío desierto para hacer frente a Satanás sin ayuda de nadie. Desde la caída la raza había ido disminuyendo en tamaño y fuerza física, y hundiéndose más bajo en la escala del valor moral, hasta el período del advenimiento de Cristo a la tierra. Y para elevar al

hombre caído, Cristo debía alcanzarlo allí donde se encontraba. Tomó la naturaleza humana y cargó con las debilidades y la degeneración de la raza. Él, que no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros. Se humilló a sí mismo hasta las profundidades más bajas de la aflicción humana, para poder alcanzar al hombre y sacarlo de la degradación en la que el pecado lo había sumido.

"Porque a Aquel por quien son todas las cosas y por quien son todas las cosas, al llevar a muchos hijos a la gloria, le convenía perfeccionar por medio de los padecimientos al Capitán de la salvación de ellos" (Hebreos 2:10). "Y hecho perfecto, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen" (5:9).

"Por lo cual fue necesario que en todo se asemejase a sus hermanos, para que fuese misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (2:17,18).

"Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (4:15).

Satanás había estado en guerra con el gobierno de Dios desde que se rebeló por primera vez. Su éxito en tentar a Adán y Eva en el Edén, e introducir el pecado en el mundo, había envalentonado a este archienemigo, y se había jactado orgullosamente ante los ángeles celestiales de que cuando Cristo apareciera, tomando la naturaleza del hombre, sería más débil que él, y lo vencería con su poder. Se regocijaba de que Adán y Eva en el Edén no pudieran resistir sus insinuaciones cuando apelaba a su apetito.

A los habitantes del viejo mundo los venció de la misma manera, mediante la complacencia del apetito lujurioso y las pasiones corruptas. Mediante la gratificación del apetito había derrotado a los israelitas. Se jactó de que el propio Hijo de Dios, que estaba con Moisés y Josué, no pudo resistir su poder y conducir al pueblo favorecido de su elección a Canaán; pues casi todos los que salieron de Egipto murieron en el desierto. También al hombre manso, Moisés, había tentado para que tomara para sí la gloria que Dios reclamaba. A David y Salomón, que habían sido especialmente favorecidos por Dios, los había inducido, mediante la indulgencia del apetito y la pasión, a incurrir en el desagrado de Dios. Y se jactó de que aún podría lograr frustrar el propósito de Dios en la salvación del hombre por medio de Jesucristo.

En el desierto de la tentación, Cristo estuvo cuarenta días sin comer. Moisés, en ocasiones especiales, había estado tanto tiempo

sin comer. Pero no sintió los dolores del hambre. No fue tentado y acosado por un enemigo vil y poderoso, como lo fue el Hijo de Dios. Estaba elevado por encima de lo humano. Le sostenía especialmente la gloria de Dios que le envolvía.

Los terribles efectos del pecado en el hombre

Satanás había tenido tanto éxito en engañar a los ángeles de Dios y en la caída del noble Adán, que pensó que en la humillación de Cristo tendría éxito en vencerlo. Contempló con complacida exultación el resultado de sus tentaciones y el aumento del pecado en la continua transgresión de la ley de Dios durante más de cuatro mil años. Había obrado la ruina de nuestros primeros padres, y traído el pecado y la muerte al mundo, y había llevado a la ruina a multitudes de todas las edades, países y clases. Con su poder, había controlado ciudades y naciones hasta que su pecado provocó la ira de Dios para destruirlas por el fuego, el agua, los terremotos, la espada, el hambre y la peste. Por su sutileza e incansables esfuerzos había controlado el apetito y excitado y fortalecido las pasiones, hasta un grado tan temible, que había desfigurado y casi borrado la imagen de Dios en el hombre. Su dignidad física y moral fue destruida en tal grado, que no tenía más que una débil semejanza en carácter, y noble perfección de forma, con el digno Adán en el Edén.

En el primer advenimiento de Cristo, Satanás había hecho descender al hombre de su pureza original y exaltada, y había oscurecido el oro fino con el pecado. Había transformado al hombre, creado para ser soberano en el Edén, en esclavo en la tierra, gimiendo bajo la maldición del pecado. El halo de gloria que Dios había dado al santo Adán, cubriéndolo como un manto, se apartó de él después de su transgresión. La luz de la gloria de Dios no podía cubrir la desobediencia y el pecado. En lugar de la salud y la abundancia de bendiciones, la pobreza, la enfermedad y el sufrimiento de todo tipo, iban a ser la porción de los hijos de Adán. Satanás, mediante su poder seductor, había llevado a los hombres a la vana filosofía, a cuestionar y finalmente a descreer de la revelación divina y de la existencia de Dios. Pudo contemplar un mundo de miseria moral y una raza expuesta a la ira de un Dios que rechazaba el pecado, con un triunfo diabólico por haber tenido tanto éxito en oscurecer el camino de tantos y haberlos inducido a transgredir la ley de Dios. Revistió al pecado de agradables atractivos para asegurar la ruina de muchos.

Pero su plan más exitoso para engañar al hombre ha sido ocultar sus verdaderos propósitos y su verdadero carácter, representándose a sí mismo como amigo del hombre y benefactor de la raza. Halaga a los hombres con la agradable fábula de que no existe ningún enemigo rebelde, ningún enemigo mortal del que deban protegerse, y que la existencia de un demonio personal es pura ficción. Mientras oculta así su existencia, está reuniendo a miles de personas bajo su control. Los está engañando, como trató de engañar a Cristo, que él es un ángel del cielo haciendo una buena obra para la humanidad. Y las masas están tan cegadas por el pecado que no pueden discernir las artimañas de Satanás, y lo honran como a un ángel celestial, mientras él obra su ruina eterna.

Fuente: *Review & Herald,* 28 de julio de 1874.

Capítulo 4 Las piedras en panes

Cristo había entrado en el mundo como destructor de Satanás y Redentor de los cautivos atados por su poder. Dejaría un ejemplo en su propia vida victoriosa para que el hombre lo siguiera y venciera las tentaciones de Satanás. Tan pronto como Cristo entró en el desierto de la tentación, su semblante cambió. La gloria y el esplendor reflejados desde el trono de Dios, que iluminaron su rostro cuando los cielos se abrieron ante él y la voz del Padre le reconoció como su Hijo en quien se complacía, habían desaparecido. El peso de los pecados del mundo oprimía su alma, y su semblante expresaba un dolor indecible, una profundidad de angustia que el hombre caído nunca había comprendido. Sintió la abrumadora marea de aflicción que inundaba el mundo. Se dio cuenta de la fuerza del apetito indulgente y de la pasión impía que controlaba el mundo, que había traído al hombre sufrimientos indecibles. La indulgencia del apetito había ido aumentando y fortaleciéndose con cada generación sucesiva desde la transgresión de Adán, hasta que la raza fue tan débil en poder moral que no pudo vencer con sus propias fuerzas. Cristo, en nombre de la raza, debía vencer el apetito, soportando la prueba más poderosa sobre este punto. Debía recorrer solo el camino de la tentación, y no debía haber nadie que lo ayudara, nadie que lo consolara o lo sostuviera. Debía luchar con los poderes de las tinieblas.

Como el hombre no podía, en su fuerza humana, resistir el poder de las tentaciones de Satanás, Jesús se ofreció voluntario para emprender la obra, y llevar la carga por el hombre, y vencer el poder del apetito en su favor. Debe mostrar en favor del hombre abnegación y perseverancia, y firmeza de principios, que son superiores a las punzadas del hambre. Debe mostrar un poder de control sobre el apetito más fuerte que el hambre e incluso que la muerte.

Importancia de la prueba

Cuando Cristo soportó la prueba de la tentación hasta el punto del apetito, no se encontraba en el hermoso Edén, como Adán, con la luz y el amor de Dios visibles en todo aquello sobre lo que se posaban sus ojos. Sino que estaba en un desierto estéril y desolado, rodeado de bestias salvajes. Todo lo que le rodeaba era repulsivo, y la naturaleza humana se inclinaría a rehuirlo. Con este entorno ayunó cuarenta días y cuarenta noches, "y en esos días no comió nada" (Luca 4:2). Estaba demacrado por el largo ayuno, y tenía la más aguda sensación de hambre. Su rostro estaba más estropeado que el de los hijos de los hombres. Cristo entró así en su vida de conflicto para vencer al poderoso enemigo, soportando la misma prueba que Adán no pudo soportar, para que, mediante un conflicto exitoso, pudiera quebrantar el poder de Satanás y redimir a la raza de la desgracia de la caída.

Todo se perdió cuando Adán cedió al poder del apetito. El Redentor, en quien estaban unidos lo humano y lo divino, ocupó el lugar de Adán y soportó un terrible ayuno de casi seis semanas. La duración de este ayuno es la prueba más contundente de la extensión de la pecaminosidad y del poder del apetito degradado sobre la familia humana.

La humanidad de Cristo llegó hasta lo más profundo de la miseria humana y se identificó con las debilidades y necesidades del hombre caído, mientras que su naturaleza divina se aferraba a lo Eterno. Su obra de cargar con la culpa de la transgresión del hombre no era darle licencia para seguir violando la ley de Dios, lo que convertía al hombre en deudor de la ley, deuda que Cristo mismo pagaba con su propio sufrimiento. Las pruebas y sufrimientos de Cristo debían impresionar al hombre con un sentido de su gran pecado al violar la ley de Dios, y llevarlo al arrepentimiento y a la obediencia a esa ley, y a través de la obediencia a la aceptación con Dios. Imputaría al hombre su justicia, elevándole así en valor moral ante Dios, de modo que sus esfuerzos por

cumplir la ley divina fuesen aceptables. La obra de Cristo consistió en reconciliar al hombre con Dios mediante su naturaleza humana, y a Dios con el hombre mediante su naturaleza divina.

Tan pronto como comenzó el largo ayuno de Cristo en el desierto, Satanás se acercó con sus tentaciones. Vino a Cristo, envuelto en luz, pretendiendo ser uno de los ángeles del trono de Dios, enviado en misión de misericordia para compadecerse de él y aliviarle de sus sufrimientos. Trató de hacer creer a Cristo que Dios no le exigía pasar por la abnegación y los sufrimientos que él anticipaba; que había sido enviado del Cielo para llevarle el mensaje que Dios sólo quería probar su voluntad de soportar. Satanás le dijo a Cristo que sólo debía poner sus pies en el camino manchado de sangre, pero no recorrerlo. Como Abraham, fue probado para mostrar su perfecta obediencia. Declaró también que él era el ángel que detuvo la mano de Abrahán cuando se alzaba el cuchillo para matar a Isaac, y que ahora había venido para salvarle la vida; que no era necesario que soportara el hambre dolorosa y la muerte por inanición; él le ayudaría a llevar una parte de la obra en el plan de salvación.

El Hijo de Dios se apartó de todas estas arteras tentaciones, y se mantuvo firme en su propósito de llevar a cabo en todo particular, en el espíritu y en la letra misma, el plan que había sido ideado para la redención de la raza caída. Pero Satanás tenía preparadas múltiples tentaciones para atrapar a Cristo y aprovecharse de él. Si fracasaba en una tentación, intentaba otra. Pensó que tendría éxito porque Cristo se había humillado como hombre. Se halagó a sí mismo pensando que su supuesto carácter, como uno de los ángeles celestiales, no podía ser discernido. Fingió dudar de la divinidad de Cristo, a causa de su aspecto demacrado y de su entorno desagradable.

Cristo sabía que al tomar la naturaleza de hombre no sería en apariencia igual a los ángeles del Cielo. Satanás insistió en que, si era realmente el Hijo de Dios, le diera pruebas de su carácter exaltado. Se acercó a Cristo con tentaciones sobre el apetito. Había vencido a Adán sobre este punto y había dominado a sus descendientes, y mediante la indulgencia del apetito los llevó a provocar a Dios con la iniquidad, hasta que sus crímenes fueron tan grandes que el Señor los destruyó de la tierra con las aguas del diluvio.

Bajo las tentaciones directas de Satanás, los hijos de Israel permitieron que el apetito controlara la razón, y fueron inducidos, por la indulgencia, a cometer pecados graves que despertaron la ira de Dios contra ellos, y cayeron en el desierto. Pensó que tendría

éxito en vencer a Cristo con la misma tentación. Dijo a Cristo que uno de los ángeles exaltados había sido desterrado al mundo, y que su aspecto indicaba que, en vez de ser el rey del Cielo, era el ángel caído, y esto explicaba su aspecto demacrado y angustiado.

Ningún milagro a su favor

Luego llamó la atención de Cristo sobre su propia apariencia atractiva, vestida de luz y fuerte en poder. Afirmó ser un mensajero directo del trono del Cielo, y afirmó que tenía derecho a exigir de Cristo pruebas de que era el Hijo de Dios. Satanás preferiría no creer, si pudiera, las palabras que vinieron del Cielo al Hijo de Dios en su bautismo. Estaba decidido a vencer a Cristo y, si era posible, asegurar su reino y su vida. Su primera tentación a Cristo fue sobre el apetito. Tenía, en este punto, casi todo el control del mundo, y sus tentaciones estaban adaptadas a las circunstancias y al entorno de Cristo, lo que hacía que sus tentaciones sobre el apetito fueran casi abrumadoras.

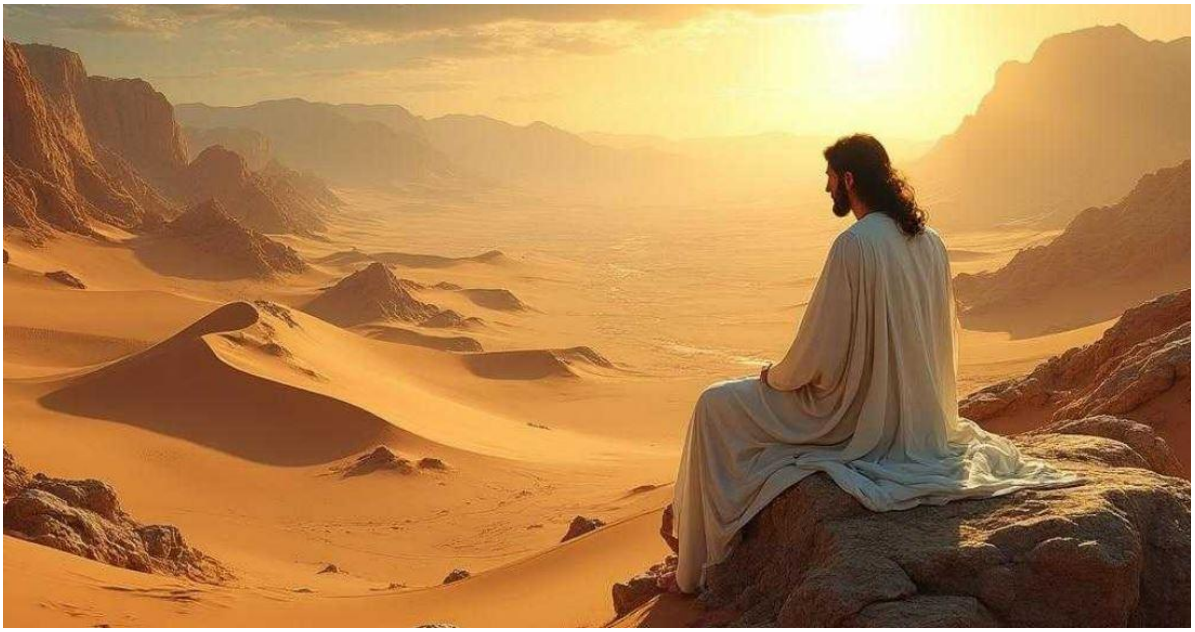
Cristo podría haber obrado un milagro por su cuenta; pero esto no habría estado de acuerdo con el plan de salvación. Los numerosos milagros en la vida de Cristo muestran su poder para obrar milagros en beneficio de la humanidad sufriente. Por un milagro de misericordia alimentó a cinco mil personas a la vez con cinco panes y dos pececillos. Por tanto, tenía poder para obrar un milagro y saciar su propia hambre. Satanás se lisonjeaba pensando que podría inducir a Cristo a dudar de las palabras pronunciadas desde el Cielo en su bautismo. Y si lograba tentarle para que pusiera en duda su filiación y dudara de la verdad de la palabra pronunciada por su Padre, obtendría una gran victoria.

Encontró a Cristo en el desierto desolado, sin compañía, sin comida y sufriendo. Su entorno era de lo más melancólico y repulsivo.

Satanás sugirió a Cristo que Dios no dejaría a su Hijo en esta condición de necesidad y sufrimiento real. Esperaba quebrantar la confianza de Cristo en su Padre, que había permitido que lo llevaran a esa condición de sufrimiento extremo en el desierto, donde nunca habían pisado los pies del hombre. Satanás esperaba insinuar dudas en cuanto al amor de su Padre que encontraran albergue en la mente de Cristo, y que bajo la fuerza del abatimiento y del hambre extrema ejerciera su poder milagroso en su

propio favor, y se quitara de las manos de su Padre Celestial. Esto fue en verdad una tentación para Cristo. Pero no la abrigó ni por un momento. Ni por un momento dudó del amor de su Padre Celestial, aunque parecía estar abatido por una angustia inexpresable. Las tentaciones de Satanás, aunque hábilmente urdidas, no conmovieron la integridad del amado Hijo de Dios. Su confianza permanente en su Padre no pudo ser sacudida.

Fuente: *Review & Herald,* 4 de agosto de 1874.



«Tan pronto como comenzó el largo ayuno de Cristo en el desierto, Satanás se acercó con sus tentaciones. Vino a Cristo, envuelto en luz, pretendiendo ser uno de los ángeles del trono de Dios, enviado en misión de misericordia para compadecerse de él y aliviarle de sus sufrimientos».

Capítulo 5 No parlamentó con la tentación

Jesús no se dignó explicar a su enemigo cómo era el Hijo de Dios y de qué manera, como tal, debía actuar. De una manera insultante y burlona Satanás se refirió a la debilidad presente y a la apariencia desfavorable de Cristo en contraste con su propia fuerza y gloria. Se burló de Cristo diciéndole que era un pobre representante de los ángeles, y mucho más de su exaltado Comandante, el Rey reconocido en las cortes reales. Su aspecto actual indicaba que estaba abandonado de Dios y de los hombres. Dijo que si Cristo era realmente el Hijo de Dios, el monarca del Cielo, tenía un poder igual al de Dios, y que podía darle pruebas obrando un milagro, y convirtiendo en pan la piedra que tenía a sus pies, y aliviando su hambre. Satanás prometió que, si Cristo hacía esto, cedería inmediatamente en sus pretensiones de superioridad, y que la contienda entre él y Cristo terminaría allí para siempre.

Cristo no pareció darse cuenta de las injuriosas burlas de Satanás. No se dejó provocar para darle pruebas de su poder. Soportó mansamente sus insultos sin tomar represalias. Las palabras pronunciadas desde el cielo en su bautismo fueron muy preciosas, pues le demostraron que su Padre aprobaba los pasos que estaba dando en el plan de salvación como sustituto y fiador del hombre. La apertura de los cielos y el descenso de la paloma celestial le aseguraron que su Padre uniría su poder en el Cielo con el de su Hijo en la tierra, para rescatar al hombre del control de Satanás, y que Dios aceptaba el esfuerzo de Cristo por unir la tierra con el Cielo, y al hombre finito con el infinito.

Estas señales, recibidas de su Padre, fueron inexpresablemente preciosas para el Hijo de Dios a través de todos sus severos sufrimientos y su terrible conflicto con el jefe rebelde. Y mientras soportaba la prueba de Dios en el desierto, y a través de todo su ministerio, no tuvo nada que hacer para convencer a Satanás de su propio poder, y de que él era el Salvador del Mundo. Satanás tenía pruebas suficientes de su exaltada posición. Su renuencia a atribuir a Jesús el honor que le correspondía, y su sumisión manifiesta como subordinado, maduraron en rebelión contra Dios, y lo excluyeron del Cielo.

No formaba parte de la misión de Cristo ejercer su poder divino en beneficio propio, para aliviarse del sufrimiento. Esto lo había asumido voluntariamente. Había condescendido a tomar la natu-

raleza del hombre, y debía sufrir los inconvenientes, los males y las aflicciones de la familia humana. No iba a hacer milagros por cuenta propia. Vino a salvar a los demás. El objeto de su misión era llevar bendiciones, esperanza y vida a los afligidos y oprimidos. Debía llevar las cargas y las penas de la humanidad sufriente.

Aunque Cristo sufría las punzadas más agudas del hambre, resistió a las tentaciones. Repelió a Satanás con la Escritura, la misma que había dado a Moisés en el desierto para que repitiera al rebelde Israel cuando su dieta estaba restringida, y clamaban por carnes: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mateo 4:4). Con esta declaración, y también con su ejemplo, Cristo mostraría al hombre que el hambre de alimentos temporales no era la mayor calamidad que podía acaecerle. Satanás halagó a nuestros primeros padres diciéndoles que comer del fruto del árbol de la vida que Dios les había prohibido, les traería un gran bien y les aseguraría contra la muerte, todo lo contrario de la verdad que Dios les había declarado. "Pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás"(Genesis 2:17). Si Adán hubiera sido obediente, nunca habría conocido la necesidad, el dolor ni la muerte.

Si el pueblo que vivió antes del diluvio hubiera sido obediente a la palabra de Dios, habría sido preservado y no habría perecido por las aguas del diluvio. Si los israelitas hubieran sido obedientes a las palabras de Dios, éste les habría concedido bendiciones especiales. Pero cayeron como consecuencia de la indulgencia del apetito y la pasión. No quisieron ser obedientes a las palabras de Dios. La complacencia del apetito pervertido los condujo a numerosos y graves pecados. Si hubieran hecho de los requerimientos de Dios su primera consideración, y de sus necesidades físicas secundarias, en sumisión a la elección de Dios del alimento apropiado para ellos, ninguno de ellos habría caído en el desierto. Se habrían establecido en la hermosa tierra de Canaán como un pueblo santo y sano, sin un solo débil en todas sus tribus.

El Salvador del mundo se convirtió en pecado por la raza. Al convertirse en sustituto del hombre, Cristo no manifestó su poder como Hijo de Dios. Se colocó entre los hijos de los hombres. Debía soportar la prueba de la tentación como hombre, en favor del hombre, en las circunstancias más difíciles, y dejar un ejemplo de fe y perfecta confianza en su Padre Celestial. Cristo sabía que su Padre le daría de comer cuando le complaciera hacerlo. En esta dura prueba, cuando el hambre le apremiaba más allá de toda

medida, no quiso disminuir prematuramente ni una partícula de la prueba que le había sido asignada ejerciendo su poder divino. El hombre caído, cuando fue llevado a lugares enderezados, no podía tener el poder de obrar milagros en su propio favor, de salvarse del dolor o de la angustia, o de darse la victoria sobre sus enemigos. Era el propósito de Dios probar y poner a prueba a la raza, y darles la oportunidad de desarrollar su carácter poniéndolos frecuentemente en situaciones difíciles para probar su fe y confianza en su amor y poder. La vida de Cristo fue un modelo perfecto. Siempre, con su ejemplo y sus preceptos, enseñó al hombre que Dios era su dependencia, y que en Dios debía estar su fe y su firme confianza.

Cristo sabía que Satanás era un mentiroso desde el principio, y requería un fuerte dominio de sí mismo para escuchar las proposiciones de este insultante engañador, y no reprender instantáneamente sus atrevidas suposiciones. Satanás esperaba provocar al Hijo de Dios para que entrara en controversia con él; y esperaba que así, en su extrema debilidad y agonía de espíritu, podría obtener ventaja sobre él. Se proponía pervertir las palabras de Cristo y reclamar ventaja, y llamar en su ayuda a sus ángeles caídos para que emplearan todo su poder a fin de prevalecer contra él y vencerlo.

El Salvador del mundo no tuvo ninguna controversia con Satanás, que fue expulsado del Cielo porque ya no era digno de un lugar allí. El que podía influir en los ángeles de Dios contra su Supremo Gobernante, y contra su Hijo, su amado comandante, y conseguir su simpatía para sí mismo, era capaz de cualquier engaño. Cuatro mil años había estado guerreando contra el gobierno de Dios, y no había perdido nada de su habilidad o poder para tentar y engañar.

La victoria de Cristo es una garantía para nosotros

Como el hombre caído no podía vencer a Satanás con su fuerza humana, Cristo vino de las cortes reales del Cielo para ayudarle con su fuerza humana y divina combinadas. Cristo sabía que Adán en el Edén, con sus ventajas superiores, podría haber resistido las tentaciones de Satanás, y haberlo vencido. También sabía que no era posible que el hombre, fuera del Edén, separado de la luz y del amor de Dios desde la caída, resistiera a las tentaciones de Satanás con sus propias fuerzas. Para dar esperanza al hombre y salvarlo de la ruina total, se humilló hasta tomar la naturaleza del hombre, para que, con su poder divino combinado con el humano, pudiera llegar al hombre allí donde se encuentra. Él obtiene para

los hijos e hijas caídos de Adán esa fuerza que es imposible que obtengan por sí mismos, para que en su nombre puedan vencer las tentaciones de Satanás.

El Hijo de Dios exaltado, al asumir la humanidad, se acerca al hombre como sustituto del pecador. Se identifica con los sufrimientos y aflicciones de los hombres. Fue tentado en todo como es tentado el hombre, para saber socorrer a los que son tentados. Cristo venció en favor del pecador.

Jacob, en la visión nocturna, vio la tierra conectada con el Cielo por una escalera que llegaba hasta el trono de Dios. Vio a los ángeles de Dios, vestidos con ropas de resplandor celestial, bajando del Cielo y subiendo al Cielo por esta escalera resplandeciente. La parte inferior de esta escalera descansaba sobre la tierra, mientras que la parte superior llegaba hasta los Cielos más altos y descansaba sobre el trono de Jehová. El resplandor del trono de Dios descendía sobre esta escalera y reflejaba una luz de gloria inefable sobre la tierra.

Esta escalera representaba a Cristo, que había abierto la comunicación entre la tierra y el Cielo. En su humillación, Cristo descendió hasta lo más profundo de la aflicción humana, compadeciéndose del hombre caído, representado para Jacob por un extremo de la escalera que descansaba sobre la tierra, mientras que la parte superior de la escalera, que llegaba hasta el Cielo, representaba el poder divino de Cristo, que se aferraba al Infinito, uniendo así la tierra con el Cielo y el hombre finito con el Dios infinito. A través de Cristo se abre la comunicación entre Dios y el hombre. Los ángeles pueden pasar del Cielo a la tierra con mensajes de amor para el hombre caído, y para ministrar a los que serán herederos de la salvación. Es sólo a través de Cristo que los mensajeros celestiales ministran a los hombres.

En el Edén, Adán y Eva se encontraban en las circunstancias más favorables. Tenían el privilegio de estar en comunión con Dios y los ángeles. Estaban sin la condenación del pecado. La luz de Dios y de los ángeles estaba con ellos y a su alrededor. El Autor de su existencia era su maestro. Pero cayeron bajo el poder y las tentaciones del astuto enemigo. Cuatro mil años había trabajado Satanás contra el gobierno de Dios, y había obtenido fuerza y experiencia de la práctica resuelta. Los hombres caídos no tenían las ventajas de Adán en el Edén. Habían estado separados de Dios durante cuatro mil años. La sabiduría para comprender las tentaciones de Satanás y el poder para resistirlas habían disminuido cada vez más, hasta que Satanás pareció reinar triunfante en la

tierra. El apetito y la pasión, el amor del mundo y los pecados presuntuosos, eran las grandes ramas del mal, de las cuales crecían todas las especies de crimen, violencia y corrupción. Satanás fue derrotado en su propósito de vencer a Cristo en el punto del apetito; y aquí en el desierto Cristo logró una victoria en favor de la raza en el punto del apetito, haciendo posible que el hombre en todo tiempo futuro en su nombre venza la fuerza del apetito en su propio favor.

Manipulación de lo sobrenatural

Satanás no estaba dispuesto a cesar en sus esfuerzos hasta haber intentado por todos los medios obtener la victoria sobre el Redentor del mundo. Sabía que con él mismo se jugaba todo, ya fuera él o Cristo el vencedor de la contienda. Y, para sobrecoger a Cristo con su fuerza superior, lo llevó a Jerusalén y lo puso en un pináculo del templo, y continuó acosándolo con tentaciones. Volvió a exigir a Cristo que, si realmente era el Hijo de Dios, le diera pruebas arrojándose desde la vertiginosa altura en la que le había colocado. Instó a Cristo a mostrar su confianza en el cuidado preservador de su Padre arrojándose desde el templo. En la primera tentación de Satanás sobre el punto del apetito, había tratado de insinuar dudas respecto al amor y cuidado de Dios por Cristo como su Hijo, presentando su entorno y su hambre como evidencia de que no gozaba del favor de Dios. No tuvo éxito. A continuación intentó aprovecharse de la fe y la perfecta confianza que Cristo había mostrado en su Padre Celestial para incitarle a la presunción. "Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra". Jesús contestó prontamente: "También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios" (Mateo 4:6,7).

La presunción

El pecado de la presunción está muy cerca de la virtud de la fe perfecta y de la confianza en Dios. Satanás se lisonjeó de que podía aprovecharse de la humanidad de Cristo para empujarlo a cruzar la línea de la confianza hacia la presunción. Sobre este punto naufragan muchas almas. Satanás trató de engañar a Cristo mediante la adulación. Admitió que Cristo tenía razón en el desierto en su fe y confianza en que Dios era su Padre, en las circunstancias más difíciles. Entonces instó a Cristo a que le diera una prueba más de su entera dependencia de Dios, una prueba

más de su *fe* en que él era el Hijo de Dios, arrojándose del templo. Dijo a Cristo que si era realmente el Hijo de Dios, no tenía nada que temer, porque los ángeles estaban a su disposición para sostenerlo. Satanás dio pruebas de que comprendía las Escrituras por el uso que hacía de ellas. El Redentor del mundo no vaciló en su integridad y demostró que tenía una *fe* perfecta en el cuidado prometido de su Padre. No quiso someter la *fidelidad* y el amor de su Padre a una prueba innecesaria, aunque estuviera en manos del enemigo y colocado en una posición de extrema dificultad y peligro. Por sugerencia de Satanás, no tentaría a Dios experimentando presuntuosamente con su providencia. Satanás había traído escrituras que parecían apropiadas para la ocasión, esperando cumplir sus designios haciendo la solicitud a nuestro Salvador en este momento especial.

Cristo sabía que Dios podía en verdad sostenerlo si le hubiera exigido que se arrojara del templo. Pero hacer esto sin que se lo pidiera, y experimentar el cuidado y el amor protectores de su Padre, porque Satanás lo desafiaba a hacerlo, no mostraría su *fuerza de fe*. Satanás sabía muy bien que si se convencía a Cristo, sin que su Padre se lo pidiera, de que se arrojara del templo para probar su derecho al cuidado protector de su Padre Celestial, mostraría en el acto mismo la debilidad de su naturaleza humana.

Cristo salió victorioso de la segunda tentación. Manifestó perfecta seguridad y confianza en su Padre durante su severo conflicto con el poderoso enemigo. Nuestro Redentor, en la victoria aquí obtenida, ha dejado al hombre un modelo perfecto, mostrándole que su única seguridad está en la *firme confianza* en Dios en todas las pruebas y peligros. Se negó a presumir de la misericordia de su Padre poniéndose en un peligro que hiciera necesario que su Padre Celestial desplegara su poder para salvarle del peligro. Esto sería *forzar* la providencia por su propia cuenta: y no dejaría entonces a su pueblo un ejemplo perfecto de *fe* y de *firme confianza* en Dios.

El objeto de Satanás al tentar a Cristo era inducirlo a una atrevida presunción, y mostrar la debilidad humana que no lo convertiría en un modelo perfecto para su pueblo. Satanás pensó que si Cristo no soportaba la prueba de sus tentaciones, no podría haber redención para la raza humana, y su poder sobre ellos sería completo.

Fuente: *Review & Herald,* 18 de agosto de 1874.

Capítulo 6 Cristo nuestra esperanza y ejemplo

La humillación y los sufrimientos agonizantes de Cristo en el desierto de la tentación fueron para la raza. En Adán todo estaba perdido por la transgresión. Por medio de Cristo, el hombre tenía la única esperanza de recuperar el favor de Dios. El hombre se había separado a tal distancia de Dios por la transgresión de su ley, que no podía humillarse ante Dios en proporción a su grave pecado. El Hijo de Dios podía comprender plenamente los pecados agravantes del transgresor, y en su carácter impecable sólo él podía hacer una expiación aceptable por el hombre al sufrir el agonizante sentimiento del desagrado de su Padre. El dolor y la angustia del Hijo de Dios por los pecados del mundo fueron proporcionales a su excelencia y pureza divinas, así como a la magnitud de la ofensa.

Cristo fue nuestro ejemplo en todas las cosas. Al ver su humillación en la larga prueba y ayuno en el desierto para vencer las tentaciones del apetito en nuestro favor, debemos llevarnos esta lección a casa cuando seamos tentados. Si el poder del apetito es tan fuerte en la familia humana, y su indulgencia tan temible que el Hijo de Dios se sometió a sí mismo a tal prueba, cuán importante es que sintamos la necesidad de tener el apetito bajo el control de la razón. Nuestro Salvador ayunó casi seis semanas, para ganar para el hombre la victoria sobre el punto del apetito. ¿Cómo pueden los cristianos profesos con una conciencia iluminada, y Cristo ante ellos como su modelo, ceder a la indulgencia de esos apetitos que tienen una influencia enervante sobre la mente y el corazón? Es un hecho doloroso que los hábitos de autogratificación a expensas de la salud, y el debilitamiento del poder moral, mantiene en los lazos de la esclavitud en la actualidad a una gran parte del mundo cristiano.

Muchos que profesan la piedad no indagan la razón del largo período de ayuno y sufrimiento de Cristo en el desierto. Su angustia no era tanto por soportar los dolores del hambre como por su sentido del temible resultado de la indulgencia del apetito y la pasión sobre la raza. Sabía que el apetito sería el ídolo del hombre, que le llevaría a olvidarse de Dios y que se interpondría directamente en el camino de su salvación. Nuestro Salvador mostró una perfecta confianza en su Padre Celestial, que no le permitiría ser tentado más allá de lo que le diera fuerzas para soportar, y que lo llevaría a la victoria si soportaba pacientemente la prueba a

la que estaba sometido. Cristo no se había puesto en peligro por su propia voluntad. Dios había permitido que Satanás, por el momento, tuviera ese poder sobre su Hijo. Jesús sabía que si preservaba su integridad en esta posición extremadamente difícil, un ángel de Dios sería enviado para aliviarlo si no había otra manera. Había tomado la humanidad y era el representante de la raza.

La tercera tentación

Satanás vio que no prevalecía nada con Cristo en su segunda gran tentación. "Y llevándole el diablo a un monte alto, le mostró en un momento todos los reinos del mundo. Y el diablo le dijo: Todo este poder te daré, y la gloria de ellos; porque a mí me es entregada; y a quien yo quiero, se la doy. Si, pues, me adorares, todo será tuyo" (Luca 3:5-7).

En las dos primeras grandes tentaciones Satanás no había revelado sus verdaderos propósitos ni su carácter. Pretendía ser un exaltado mensajero de las cortes del Cielo, pero ahora se despoja de su disfraz. En una vista panorámica presentó ante Cristo todos los reinos del mundo en la luz más atractiva, mientras que él afirmaba ser el príncipe del mundo.

Esta última tentación fue la más seductora de las tres. Satanás sabía que la vida de Cristo debía de ser una vida llena de penas, dificultades y conflictos. Y pensó que podía aprovecharse de este hecho para sobornar a Cristo a fin de que cediera su integridad. Satanás empleó toda su fuerza en esta última tentación, porque este último esfuerzo iba a decidir su destino en cuanto a quién sería el vencedor. Él reclamó el mundo como su dominio, y él era el príncipe del poder del aire.

Llevó a Jesús a la cima de una montaña muy alta, y luego, en una vista panorámica, presentó ante él todos los reinos del mundo que habían estado tanto tiempo bajo su dominio, y se los ofreció en un gran regalo. Le dijo a Cristo que podía entrar en posesión de los reinos del mundo sin sufrimiento ni peligro por su parte. Satanás promete ceder su cetro y su dominio, y Cristo será el legítimo gobernante a cambio de un favor suyo. Todo lo que exige a cambio de entregarle los reinos del mundo que ese día se le presentan, es que Cristo le rinda homenaje como a un superior. Los ojos de Jesús se posaron por un momento en la gloria que se presentaba ante él; pero se apartó y se negó a contemplar el fascinante espectáculo. No quiso poner en peligro su firme integridad jugando con el tentador. Cuando Satanás solicitó su homenaje, se despertó la

divina indignación de Cristo, y ya no pudo tolerar la blasfema suposición de Satanás, ni siquiera permitir que permaneciera en su presencia. Aquí Cristo ejerció su autoridad divina, y ordenó a Satanás que desistiera. "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás" (Mateo 4:10). Satanás, en su orgullo y arrogancia, se había declarado el soberano legítimo y permanente del mundo, el poseedor de todas sus riquezas y gloria, reclamando el homenaje de todos los que vivían en él, como si él hubiera creado el mundo y todas las cosas que había en él. Dijo a Cristo: "Todo este poder te daré, y la gloria de ellos; porque a mí me es entregada; y a quien yo la diere". Trató de hacer un contrato especial con Cristo, para entregarle de una vez todo lo que le correspondía, si lo adoraba.

Este insulto al Creador movió la indignación del Hijo de Dios para reprenderlo y despedirlo. Satanás se había lisonjeado en su primera tentación de haber ocultado tan bien su verdadero carácter y sus propósitos, que Cristo no lo reconoció como el jefe rebelde caído a quien había vencido y expulsado del Cielo. Las palabras de despedida de Cristo, "Vete, Satanás," evidenciaron que él era conocido desde el principio, y que todas sus artes engañosas habían sido infructuosas sobre el Hijo de Dios. Satanás sabía que si Jesús moría para redimir al hombre, su poder terminaría después de una temporada y él sería destruido. Por lo tanto, era su plan estudiado impedir, si era posible, la terminación de la gran obra que había sido comenzada por el Hijo de Dios. Si el plan de la redención del hombre fracasaba, conservaría el reino que entonces reclamaba. Y si triunfaba, se lisonjeaba de que reinaría en oposición al Dios del Cielo.

Cuando Jesús dejó el Cielo, y allí dejó su poder y su gloria, Satanás exultó. Pensó que el Hijo de Dios había sido puesto en su poder. La tentación cayó tan fácilmente sobre la santa pareja del Edén, que esperó poder derrocar con su astucia y poder satánicos aun al Hijo de Dios, y salvar así su vida y su reino. Si podía tentar a Jesús para que se apartara de la voluntad de su Padre, como había hecho en su tentación con Adán y Eva, entonces su objetivo estaría conseguido.

Iba a llegar el momento en que Jesús redimiría la posesión de Satanás dando su propia vida, y, después de un tiempo, todos en el cielo y en la tierra se someterían a él. Jesús se mantuvo firme. Eligió su vida de sufrimiento, su muerte ignominiosa, y, en la forma señalada por su Padre, convertirse en legítimo gobernante de los reinos de la tierra, y tenerlos entregados en sus manos como

posesión eterna. Satanás también será entregado en sus manos para ser destruido por la muerte, y nunca más molestará a Jesús, ni a los santos en la gloria.

Jesús dijo a este astuto enemigo: "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás" (Mateo 4:10). Satanás había pedido a Cristo que le diera pruebas de que era el Hijo de Dios, y tuvo en este caso la prueba que había pedido. A la orden divina de Cristo se vio obligado a obedecer. Fue repelido y silenciado. No tenía poder para resistir la perentoria expulsión. Fue obligado sin otra palabra a desistir instantáneamente y a dejar al Redentor del mundo.

La odiosa presencia de Satanás se retiró. La contienda había terminado. Con inmensos sufrimientos, la victoria de Cristo en el desierto fue completa, como lo fue el fracaso de Adán. Y por una temporada quedó libre de la presencia de su poderoso adversario y de sus legiones de ángeles.

El fin de la tentación de Cristo

Después que Satanás hubo terminado sus tentaciones, se apartó de Jesús por un corto tiempo. El enemigo había sido vencido, pero el conflicto había sido largo y sumamente difícil. Al terminar, Cristo quedó exhausto y desfalleció. Cayó en tierra como moribundo. Los ángeles celestiales que se habían inclinado ante él en los atrios reales, y que con intenso y doloroso interés habían observado a su amado Comandante, y con asombro habían presenciado la terrible lucha que había sostenido con Satanás, vinieron ahora y le sirvieron. Le prepararon comida y lo fortalecieron, pues yacía como un muerto. Los ángeles estaban llenos de asombro y temor, pues sabían que el Redentor del mundo estaba pasando por sufrimientos indecibles para lograr la redención del hombre. El que era igual a Dios en las cortes reales, estaba ante ellos demacrado por casi seis semanas de ayuno. Solitario y solo había sido perseguido por el jefe rebelde, que había sido expulsado del Cielo. Había soportado una prueba más dura y severa que la que jamás se le hubiera impuesto a un hombre. La guerra con el poder de las tinieblas había sido larga e intensamente dura para la naturaleza humana de Cristo en su condición débil y sufriente. Los ángeles trajeron mensajes de amor y consuelo del Padre a su Hijo, y también la seguridad de que todo el Cielo triunfaba en la victoria plena y completa que había obtenido en favor del hombre.

El costo de la redención de la raza nunca podrá realizarse plenamente hasta que los redimidos estén con el Redentor junto al

trono de Dios. Y a medida que tengan capacidad para apreciar el valor de la vida inmortal y la recompensa eterna, entonarán el cántico de victoria y triunfo inmortal, "Diciendo a gran voz: Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir poder, y riquezas, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición" (Apocalipsis 5:12). "Y toda criatura", dice Juan, "que está en el cielo y en la tierra, y debajo de la tierra, y las que están en el mar, y todas las que están en ellas, oí decir: Bendición, honor, gloria y poder sean para el que está sentado en el trono, y para el Cordero por los siglos de los siglos" (v. 6).

Aunque Satanás había fracasado en sus mayores esfuerzos y en sus tentaciones más poderosas, no había perdido toda esperanza de que en algún momento futuro podría tener más éxito en sus esfuerzos. Esperaba el período del ministerio de Cristo, cuando tendría oportunidad de probar su poder y sus artificios contra él. Satanás trazó sus planes para cegar el entendimiento de los judíos, el pueblo escogido de Dios, a fin de que no discerniesen en Cristo al Redentor del mundo. Pensó que podría llenar sus corazones de envidia, celos y odio contra el Hijo de Dios, para que no lo recibieran, sino para amargarle lo más posible su vida en la tierra.

Satanás celebró un concilio con sus ángeles sobre el curso que debían seguir para impedir que el pueblo tuviera fe en Cristo como el Mesías que los judíos esperaban ansiosamente desde hacía tanto tiempo. Estaba desilusionado y furioso por no haber conseguido nada contra Jesús en las múltiples tentaciones del desierto. Pensó que si podía inspirar incredulidad en los corazones del propio pueblo de Cristo en cuanto a que él era el Prometido, podría desalentar a Jesús en su misión, y asegurar a los judíos como sus agentes para llevar a cabo sus propósitos.

Fuente: *Review & Herald,* 1 de septiembre de 1874.

Capítulo 7 El control de las pasiones

Satanás viene al hombre con sus tentaciones como un ángel de luz, como vino a Cristo. Ha estado trabajando para llevar al hombre a una condición de debilidad física y moral, para poder vencerlo con sus tentaciones, y luego triunfar sobre su ruina. Y ha tenido éxito tentando al hombre para que se entregue al apetito, sin importarle el resultado. Bien sabe que es imposible que el hombre cumpla con sus obligaciones para con Dios y sus semejantes, mientras menoscabe las facultades que Dios le ha dado. El cerebro es el capital del cuerpo. Si las facultades perceptivas se entumecen por intemperancia de cualquier clase, no se disciernen las cosas eternas.

La temperancia cristiana

Dios no da permiso al hombre para violar las leyes de su ser. Pero el hombre, cediendo a las tentaciones de Satanás para entregarse a la intemperancia, somete las facultades superiores a los apetitos y pasiones animales. Cuando éstas se imponen, el hombre, que fue creado un poco inferior a los ángeles, con facultades susceptibles del más alto cultivo, se somete al dominio de Satanás. Y él obtiene fácil acceso a aquellos que están en esclavitud del apetito. Por la intemperancia, algunos sacrifican la mitad, y otros dos tercios, de sus facultades físicas, mentales y morales, y se convierten en juguetes del enemigo. Los que quieren tener mentes claras para discernir las artimañas de Satanás, deben tener sus apetitos físicos bajo el control de la razón y la conciencia. La acción moral y vigorosa de las facultades superiores de la mente son esenciales para la perfección del carácter cristiano.

Y la fuerza o debilidad de la mente tiene mucho que ver con nuestra utilidad en este mundo y con nuestra salvación final. La ignorancia que ha prevalecido con respecto a la ley de Dios en nuestra naturaleza física es deplorable. La intemperancia de cualquier clase es una violación de las leyes de nuestro ser. La imbecilidad está prevaleciendo hasta un punto temible. El pecado se hace atractivo por la cubierta de luz que Satanás arroja sobre él, y se complace cuando puede mantener al mundo cristiano en sus hábitos diarios bajo la tiranía de la costumbre, como los paganos, y permitir que el apetito los gobierne.

Si las facultades morales de los hombres y mujeres inteligentes se ven entorpecidas por la intemperancia de cualquier clase, en

muchos de sus hábitos se elevan muy poco por encima de los paganos. Satanás está constantemente apartando a la gente de la luz salvadora, hacia la costumbre y la moda, sin tener en cuenta la salud física, mental y moral. El gran enemigo sabe que si predominan el apetito y la pasión, la salud del cuerpo y la fuerza del intelecto se sacrifican en el altar de la autogratificación, y el hombre se arruina rápidamente. Si el intelecto ilustrado lleva las riendas, controlando las propensiones animales, manteniéndolas en sujeción a las potencias morales, Satanás sabe bien que su poder para vencer con sus tentaciones es muy pequeño.

En nuestros días se habla de la edad oscura y se presume de progreso. Pero con este progreso la maldad y el crimen no disminuyen. Deploramos la ausencia de simplicidad natural y el aumento de la ostentación artificial. La salud, la fuerza, la belleza y la larga vida, que eran comunes en la llamada "edad oscura", ahora son escasas. Casi todo lo deseable se sacrifica para satisfacer las exigencias de la vida a la moda.

Una gran parte del mundo cristiano no tiene derecho a llamarse cristiano. Sus hábitos, su extravagancia y el trato general que dan a sus propios cuerpos, violan la ley física y son contrarios a la norma bíblica. En el curso de su vida, se procuran sufrimiento físico y debilidad mental y moral.

Por medio de sus artimañas, Satanás ha convertido en muchos aspectos la vida doméstica en una vida de cuidados y cargas complicadas, a fin de satisfacer las exigencias de la moda. Su propósito al hacer esto es mantener las mentes tan ocupadas con las cosas de esta vida, que no puedan prestar sino poca atención a su interés más elevado. La intemperancia en el comer y en el vestir ha absorbido de tal manera las mentes del mundo cristiano, que no se toman el tiempo de volverse inteligentes con respecto a las leyes de su ser, para poder obedecerlas. Profesar el nombre de Cristo tiene poca importancia, si la vida no corresponde a la voluntad de Dios, revelada en su palabra.

En el desierto de la tentación, Cristo venció en favor del hombre en el punto del apetito. Su ejemplo de abnegación y dominio propio, cuando sufría las punzadas del hambre, es un reproche al mundo cristiano por su disipación y glotonería. En la actualidad se gasta nueve veces más dinero en la satisfacción del apetito y en

satisfacer deseos necios y dañinos, que el que se destina al progreso del Evangelio de Cristo.

Si Pedro estuviera ahora en la tierra, exhortaría a los profesos seguidores de Cristo a abstenerse de las concupiscencias carnales que combaten el alma. Y Pablo exhortaría a las iglesias en general a limpiarse de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios. Y Cristo echaría del templo a los que se contaminan por el uso del tabaco, contaminando el santuario de Dios con su aliento de tabaco. A estos adoradores les diría, como a los judíos: "Mi casa será llamada por todas las naciones casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones" (Marco 11:17).

Diríamos a los tales: vuestras ofrendas impías de quids de tabaco expulsados profanan el templo y son aborrecidas por Dios. Vuestro culto no es aceptable, porque vuestros cuerpos, que deberían ser el templo del Espíritu Santo, están profanados. También robáis al tesoro de Dios miles de dólares por la indulgencia del apetito antinatural.

Si queremos ver exaltada la norma de la virtud y la piedad, como cristianos, tenemos la tarea individual de controlar el apetito, cuya indulgencia contrarresta la fuerza de la verdad y debilita el poder moral para resistir y vencer la tentación. Como seguidores de Cristo debemos, al comer y beber, actuar por principio. Cuando obedezcamos el mandato del apóstol: "Así que, ya sea que comáis o bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios", miles de dólares que ahora se sacrifican en el altar de la lastimosa lujuria fluirán al tesoro del Señor, multiplicando las publicaciones en diferentes idiomas para ser esparcidas como las hojas del otoño. Se establecerán misiones en otras naciones, y entonces los seguidores de Cristo serán verdaderamente la luz del mundo.

El adversario de las almas está obrando en estos últimos días con mayor poder que nunca para lograr la ruina del hombre mediante la indulgencia del apetito y las pasiones. Y muchos de los que están sujetos por Satanás bajo el poder del apetito servil son los que profesan ser seguidores de Cristo. Profesan adorar a Dios, mientras que el apetito es su dios. Sus deseos antinaturales por estas indulgencias no son controlados por la razón o el juicio. Aquellos que son esclavos del tabaco verán a sus familias sufrir por las comodidades de la vida y por los alimentos necesarios, pero no tienen el poder de voluntad para renunciar al tabaco. Los clamores del apetito prevalecen sobre el afecto natural. El apetito,

que tienen en común con el bruto, los controla. La causa del cristianismo, e incluso de la humanidad, no se cumpliría en ningún caso, si dependiera de los que hacen uso habitual del tabaco y el licor. Si tuvieran medios para usarlos sólo en una dirección, el tesoro de Dios no se repondría, pero ellos tendrían su tabaco y su licor. El idólatra del tabaco no negará su apetito por la causa de Dios.

Es imposible para ellos darse cuenta de las exigencias vinculantes y la santidad de la ley de Dios. El cerebro y los nervios están paralizados por el uso de este narcótico. No pueden valorar la expiación ni apreciar el valor de la vida inmortal. La indulgencia de los deseos carnales lucha contra el alma. El apóstol de la manera más impresionante se dirige a los cristianos: "Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Romanos 12:1). Si el cuerpo está saturado de licor y de la contaminación del tabaco, no es santo ni agradable a Dios. Satanás sabe que no puede serlo, y por esta razón hace caer sus tentaciones sobre los hombres en el punto del apetito, para esclavizarlos a esta propensión y obrar así su ruina.

Todos los sacrificios judíos eran examinados con minucioso escrutinio para ver si tenían alguna mancha o si estaban contaminados por alguna enfermedad. El menor defecto o impureza era razón suficiente para que los sacerdotes los rechazaran. La ofrenda debía ser sana y valiosa. El apóstol tiene en cuenta los requisitos que Dios imponía a los judíos en sus ofrendas cuando de la manera más ferviente apela a sus hermanos para que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo. No una ofrenda enferma y descompuesta, sino un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.

¡Cuántos vienen a la casa de Dios en debilidad, y cuántos vienen contaminados por la indulgencia de su propio apetito! Los que se han degradado por malos hábitos, cuando se reúnen para adorar a Dios, emiten tales emanaciones de sus cuerpos enfermos que resultan repugnantes para los que los rodean. Y cuán ofensivo debe ser esto para un Dios puro y santo.

Una gran proporción de todas las enfermedades que afligen a la familia humana son el resultado de sus propios hábitos erróneos, a causa de su ignorancia voluntaria, o de su desprecio de la luz que Dios ha dado en relación con las leyes de su ser. No es posible que glorifiquemos a Dios mientras vivimos violando la ley de la vida. No es posible que el corazón mantenga la consagración a Dios

mientras se complace el apetito lujurioso. Un cuerpo enfermo y un intelecto desordenado, debido a la continua indulgencia en la lasciva lujuria, hacen imposible la santificación del cuerpo y del espíritu. El apóstol comprendió la importancia de las condiciones saludables del cuerpo para la perfección exitosa del carácter cristiano. Dice: "Yo sojuzgo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre; para que no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo quede desechado" (1 Corintios 9:27). Menciona los frutos del Espíritu, entre los cuales está la templanza. "Y los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y las concupiscencias" (Gálatas 5:24).

Los hombres y las mujeres satisfacen el apetito a expensas de la salud y del debilitamiento del intelecto, de modo que no pueden apreciar el plan de salvación. ¿Qué apreciación pueden tener de la tentación de Cristo en el desierto, y de la victoria que obtuvo sobre el punto del apetito? Les es imposible tener una visión exaltada de Dios y comprender las exigencias de su ley. Los que se proponen seguir a Cristo olvidan el gran sacrificio que hizo por ellos. La Majestad del Cielo, para poner la salvación a su alcance, fue herida, golpeada y afligida. Se convirtió en un hombre de dolor y familiarizado con el dolor. En el desierto de la tentación resistió a Satanás, aunque el tentador estaba vestido con la librea del Cielo. Cristo, aunque fue llevado a grandes sufrimientos físicos, se negó a ceder en un solo punto, a pesar de que se le presentaron los más halagadores incentivos para sobornarlo e influenciarlo para que cediera en su integridad. Todo este honor, toda esta riqueza y gloria, dijo el engañador, te daré si tan sólo reconoces mis pretensiones.

Cristo fue firme. ¿Dónde estaría ahora la salvación de la raza si Cristo hubiera sido tan débil en poder moral como el hombre? No es de extrañar que la alegría llenara el Cielo cuando el jefe caído abandonó el desierto de la tentación como un enemigo vencido. Cristo tiene poder de su Padre para dar su gracia y fuerza divinas al hombre, haciéndole posible vencer por medio de su nombre. Hay muy pocos seguidores profesos de Cristo que decidan comprometerse con él en la obra de resistir la tentación de Satanás como él resistió y venció.

Los cristianos profesos, que disfrutan de reuniones de alegría, placer y banquetes, no pueden apreciar el conflicto de Cristo en el desierto. Este gran ejemplo de su Señor al vencer a Satanás está perdido para ellos. Esta victoria infinita que Cristo logró para ellos en el plan de salvación carece de sentido. No ven ningún interés especial en la maravillosa humillación de nuestro Salvador y en

las angustias y sufrimientos que soportó por el hombre pecador, mientras Satanás lo presionaba con sus múltiples tentaciones. La escena de prueba con Cristo en el desierto fue el fundamento del plan de salvación, y da al hombre caído la clave por la cual, en nombre de Cristo, puede vencer.

Muchos profesos cristianos consideran esta porción de la vida de Cristo como si se tratara de una guerra común entre dos reyes, y como si no tuviera ninguna relación especial con su propia vida y carácter. Por lo tanto, la forma de la guerra y la maravillosa victoria obtenida tienen poco interés para ellos. Sus facultades perceptivas están embotadas por los artificios de Satanás, de modo que no pueden discernir que aquel que afligió a Cristo con múltiples tentaciones en el desierto, determinando robarle su integridad como Hijo del Infinito, va a ser su adversario hasta el fin de los tiempos. Aunque no logró vencer a Cristo, su poder no se ha debilitado sobre el hombre. Todos están expuestos personalmente a las tentaciones que Cristo venció, pero se les proporciona fuerza en el nombre todopoderoso del gran Conquistador. Y todos deben, por sí mismos, vencer individualmente. Muchos son asaltados y caen bajo las mismas tentaciones con que Satanás asaltó a Cristo. Aunque Cristo obtuvo una victoria invaluable a favor del hombre al vencer las tentaciones de Satanás en el desierto, esta victoria no lo beneficiará a menos que también obtenga la victoria por su propia cuenta.

El hombre ahora tiene ventaja sobre Adán en su guerra con Satanás; porque tiene la experiencia de Adán en la desobediencia y su consiguiente caída para advertirle que evite su ejemplo. El hombre también tiene el ejemplo de Cristo en vencer el apetito y las múltiples tentaciones de Satanás, y en vencer al poderoso enemigo en cada punto y salir victorioso en cada competencia. Si el hombre tropieza y cae bajo las tentaciones de Satanás, no tiene excusa; porque tiene la desobediencia de Adán como advertencia, y la vida del Redentor del mundo como ejemplo de obediencia y abnegación, y la promesa de Cristo de que "al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo también vencí, y me he sentado con mi Padre en su trono" (Apocalipsis 3:21).

Fuente: *Review & Herald,* 8 de septiembre de 1874.

Capítulo 8 Complacerse en las apariencias

Los cristianos profesos participan en fiestas y en escenas de diversión que degradan la religión de Jesucristo. Es imposible que aquellos que encuentran placer en las reuniones sociales de la iglesia, en los festivales y en las numerosas reuniones por placer, tengan un amor ardiente y una reverencia sagrada por Jesús. Sus palabras de advertencia e instrucción no tienen peso en sus mentes. Si Cristo viniera entre la asamblea absorta en sus juegos y frívolas diversiones, ¿se oiría la solemne melodía de su voz en bendición, diciendo: "Paz a esta casa"? ¿Cómo disfrutaría el Salvador del mundo de estas escenas de alegría y locura?

Los cristianos y el mundo se unen, uno en corazón, uno en espíritu, en estas ocasiones festivas. El Varón de Dolores (Isaías 53:3), que conociera el dolor, no encontraría acogida en estos lugares de diversión. Los amantes del placer y del lujo — los irreflexivos y los alegres — se reúnen en estas salas, y el brillo y el oropel de la moda se ven por todas partes. El ornamento de cruces de oro y perlas, que representan a un Redentor crucificado, adornan sus personas. Pero Aquel a quien representan estas joyas tan preciadas no encuentra acogida ni espacio. Su presencia sería un freno a su alegría, a su regocijo y a sus diversiones sensuales, y les recordaría el deber descuidado, y les traería a la memoria los pecados ocultos que causaron ese semblante afligido, e hicieron esos ojos tan tristes y llorosos.

La presencia de Cristo sería positivamente dolorosa en estas reuniones por placer. Ciertamente, nadie podría invitarlo allí, porque su semblante está manchado de tristezas más que los hijos de los hombres, debido a estas mismas diversiones que ponen a Dios fuera de la mente, y hacen que el camino ancho sea atractivo para el pecador. El encanto de estas escenas excitantes pervierte la razón y destruye la reverencia por las cosas sagradas. Los ministros, que profesan ser los representantes de Cristo, frecuentemente toman la delantera en estas frívolas diversiones. "Vosotros sois", dice Cristo, "la luz del mundo". "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5:14,16).

¿De qué manera brilla la luz de la verdad en esa compañía irreflexiva y ávida de placer? Los profesos seguidores de Jesucristo que se entregan a la alegría y a la fiesta no pueden ser partícipes con Cristo de sus sufrimientos. No tienen sentido de sus sufrimien-

tos. No les interesa meditar sobre la abnegación y el sacrificio. Encuentran poco interés en estudiar los puntos marcados de la historia de la vida de Cristo sobre los que descansa el plan de salvación, sino que imitan al antiguo Israel, que comía y bebía y se levantaba a jugar. Para copiar correctamente un modelo, debemos estudiar cuidadosamente su diseño. Si en verdad hemos de vencer como venció Cristo, para que podamos mezclarnos con la compañía lavada con sangre y glorificada ante el trono de Dios, es de la mayor importancia que nos familiaricemos con la vida de nuestro Redentor y nos neguemos a nosotros mismos como lo hizo Cristo. Debemos enfrentarnos a las tentaciones y superar los obstáculos, y mediante el trabajo y el sufrimiento, en el nombre de Jesús, vencer como él venció.

La gran prueba de Cristo en el desierto, a punto del apetito, fue para dejar al hombre un ejemplo de abnegación. Este largo ayuno fue para convencer a los hombres de la pecaminosidad de las cosas en las que se complacen los cristianos profesos. La victoria que Cristo obtuvo en el desierto fue para mostrar al hombre la pecaminosidad de las mismas cosas en las que se complace. La salvación del hombre estaba en la balanza, y debía decidirse por la prueba de Cristo en el desierto. Si Cristo era vencedor en el punto del apetito, entonces había una oportunidad para que el hombre venciera. Si Satanás obtenía la victoria por medio de su sutileza, el hombre estaba atado por el poder del apetito con cadenas de indulgencia que no podía tener poder moral para romper. La humanidad de Cristo por sí sola nunca podría haber soportado esta prueba, pero su poder divino combinado con la humanidad obtuvo en nombre del hombre una victoria infinita. Nuestro Representante en esta victoria, elevó a la humanidad en la escala de valor moral con Dios.

Los cristianos que comprenden el misterio de la piedad, que tienen un sentido elevado y sagrado de la expiación, que comprenden en los sufrimientos de Cristo en el desierto una victoria ganada para ellos, verían un contraste tan marcado entre estas cosas y las reuniones de la iglesia para el placer y la indulgencia del apetito, que se apartarían con disgusto de estas escenas de juerga. Los cristianos se fortalecerían grandemente comparando seria y frecuentemente sus vidas con la verdadera norma, la vida de Cristo. Las numerosas reuniones sociales,

festivales y picnics [1] que tientan al apetito a la indulgencia excesiva, y las diversiones que conducen a la frivolidad y al olvido de Dios, no pueden encontrar sanción en el ejemplo de Cristo, el Redentor del mundo, el único modelo seguro que el hombre puede copiar si quiere vencer como Cristo venció.

Presentamos el Modelo sin defecto a todos los cristianos. Cristo dice: "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? ya no sirve para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Tampoco se enciende una vela y se pone debajo de un celemín, sino sobre un candelero; y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 5:13-16).

La luz del cielo debe reflejarse a través de los seguidores de Cristo en el mundo. Esta es la obra de la vida cristiana para dirigir las mentes de los pecadores a Dios. La vida del cristiano debe despertar en los corazones de los mundanos puntos de vista elevados y elevados sobre la pureza de la religión cristiana. Esto hará de los creyentes la sal de la tierra, el poder salvador en nuestro mundo; porque un carácter cristiano bien desarrollado es armonioso en todas sus partes.

Temblamos por la juventud de nuestros días por el ejemplo que les dan los que se profesan cristianos. No podemos cerrar la puerta de la tentación a los jóvenes, pero podemos educarlos para que sus palabras y sus acciones tengan una relación directa con su futura felicidad o miseria. Estarán expuestos a la tentación. Se encontrerán con enemigos externos e internos, pero se les puede instruir para que se mantengan firmes en su integridad, teniendo principios morales para resistir la tentación. Las lecciones dadas a nuestra juventud por profesores amantes del mundo están haciendo mucho daño. Las tertulias, las comilonas, las loterías, los retablos y las representaciones teatrales, están haciendo una obra que dejará constancia con su carga de resultados al juicio.

---

[1] Picnics: Un término que a veces usa la Señora White para referirse a los entretenimientos sociales de moda ya menudo públicos en los que cada persona contribuye con comida a una mesa común. Los picnics del 4 de julio a veces adquirían las características de un circo o una feria. La palabra, tal como se usa hoy en día, generalmente se refiere a la recreación al aire libre de un carácter recomendado por Elena G. de White, en la que participan una o más familias (White Trustees).

Todas estas inconsistencias, sancionadas por profesos cristianos bajo el manto de la beneficencia cristiana, para recolectar medios para pagar los gastos de la iglesia, tienen su influencia en los jóvenes para hacerlos amantes de los placeres más que de Dios. Piensan que si los cristianos pueden alentar y participar en estas loterías y escenas de festividades, y conectarlas con cosas sagradas, ¿por qué no pueden estar seguros al interesarse en las loterías y participar en juegos de azar para ganar dinero para objetos especiales?

Es el plan estudiado de Satanás para vestir el pecado con vestiduras de luz para ocultar su deformidad y hacerlo atractivo. Y los ministros y el pueblo que profesa la justicia se unen con el adversario de las almas para ayudarlo en sus planes. Nunca hubo un tiempo en que cada miembro de la iglesia deba sentir su responsabilidad de caminar humilde y circunspectamente ante Dios como en el presente. Van en aumento la filosofía vana, los falsos credos y la infidelidad. Y muchos que llevan el nombre de seguidores de Cristo están, por orgullo de corazón, buscando popularidad y se están alejando de los hitos establecidos. Los claros mandamientos de Dios en Su Palabra se descartan porque son muy claros y anticuados, mientras que las teorías vanas y vagas atraen la mente y complacen la imaginación. En estas escenas de festividades de la iglesia hay una unión con el mundo que la Palabra de Dios no justifica, Cristianos y mundanos están unidos en ellos.

Pero el apóstol pregunta: "¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿ Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene el que cree con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? porque vosotros sois templo del Dios viviente; como ha dicho Dios: Habitaré en ellos y andaré en ellos; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por tanto, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso" (2 Corintios 6:14-18).

Cuando seamos capaces de comprender las tentaciones y victorias del Hijo de Dios mientras estaba en severo conflicto con Satanás, tendremos una idea más correcta de la grandeza de la obra que tenemos por delante para vencer. Satanás sabía que si fallaba, su caso no tenía remedio. Si tuvo éxito, había obtenido una victoria sobre toda la raza, y pensó que su vida y su reino se establecerían.

En las reuniones que profesan ser cristianas, Satanás pone un manto religioso sobre los placeres engañosos y las diversiones impías para darles la apariencia de santidad, y las conciencias de muchos se aquietan porque éstos reúnen los medios para sufragar los gastos de la iglesia. Los hombres se niegan a dar por amor a Cristo; pero por el amor al placer y la indulgencia del apetito por consideraciones egoístas, se desprenderán de su dinero.

¿Es porque no hay poder en las lecciones de Cristo sobre la benevolencia, y en Su ejemplo, y la gracia de Dios sobre el corazón, para inducir a los hombres a glorificar a Dios con sus bienes, por lo que debe recurrirse a tal proceder a fin de sostener la iglesia? No es pequeño el daño sufrido a la salud física, mental y moral en estas escenas de diversión y glotonería. Y el día del juicio final mostrará las almas perdidas por la influencia de estas escenas de alegría y locura.

Es un hecho deplorable que las consideraciones sagradas y eternas no tengan poder para abrir los corazones de los profesos seguidores de Cristo para hacer ofrendas voluntarias para sostener el evangelio como la tentación de la fiesta y la alegría general. Es una triste realidad que estos incentivos prevalecerán cuando las cosas sagradas y eternas no tengan fuerza para influir en el corazón para que se dedique a obras de benevolencia.

El plan de Moisés en el desierto para reunir recursos tuvo un gran éxito. No era necesaria la compulsión. Moisés no hizo una gran fiesta, y no invitó al pueblo a escenas de alegría, baile y diversión general. Tampoco instituyó loterías ni nada de este orden profano para obtener medios para erigir el tabernáculo de Dios en el desierto. Dios ordenó a Moisés que invitara a los hijos de Israel a traer sus ofrendas. Moisés debía aceptar regalos de todo hombre que diera voluntariamente de su corazón. Pero las ofrendas voluntarias llegaron en tal abundancia que Moisés proclamó que era suficiente. Deben cesar sus regalos; porque habían dado abundantemente, más de lo que podían usar. Las tentaciones de Satanás tienen éxito con los profesos seguidores de Cristo en el punto de la indulgencia del placer y el apetito. Vestido como un ángel de luz citará las Escrituras para justificar las tentaciones que pone ante los hombres para complacer el apetito y los placeres mundanos que convienen al corazón carnal. Los profesos seguidores de Cristo son débiles en poder moral y están fascinados con el soborno que Satanás les ha presentado, y él obtiene la victoria. ¿Cómo mira Dios a las iglesias que son sostenidas por tales medios? Cristo no puede aceptar estas ofrendas, porque no fueron

dadas por su amor y devoción a Él, sino por su idolatría de sí mismos. Pero lo que muchos no harían por amor a Cristo, lo harán por amor a los lujos delicados para satisfacer el apetito, y por amor a las diversiones mundanas para complacer el corazón carnal.

Fuente: *Review & Herald,* 13 de octubre de 1874.



Foto: El desierto de Judea, al este de Jerusalén, donde Jesús ayunó en soledad durante cuarenta días y cuarenta noches.

«Es el plan estudiado de Satanás para vestir el pecado con vestiduras de luz para ocultar su deformidad y hacerlo atractivo. Y los ministros y el pueblo que profesa la justicia se unen con el adversario de las almas para ayudarlo en sus planes».

Capítulo 9 El conflicto de Cristo con Satanás

El conflicto de Cristo con Satanás en el desierto será considerado con sagrado interés por todo verdadero seguidor de Cristo. Deberíamos tener sentimientos de la más profunda gratitud hacia nuestro Redentor por enseñarnos con su propio ejemplo cómo resistir y vencer a Satanás. Jesús no visitó escenas de alegría y banquete para alcanzar la victoria tan esencial para nuestra salvación; sino que fue a un desierto desolado. Muchos ni siquiera contemplan esta escena de Cristo en conflicto con el jefe caído. No se compadecen de su Redentor. Algunos incluso dudan de que Cristo sintiera realmente las punzadas del hambre en su abstinencia de alimentos durante el período de cuarenta días y cuarenta noches.

Aquel que sufrió la muerte por nosotros en la cruz del Calvario, con la misma certeza sufrió las punzadas más agudas del hambre que murió por nosotros. Y tan pronto como este sufrimiento comenzó, Satanás estaba cerca con sus tentaciones. Nosotros tenemos que luchar contra un enemigo no menos vigilante. Satanás adapta sus tentaciones a nuestras circunstancias. En cada tentación presentará algún soborno, algún bien aparente a obtener. Pero en el nombre de Cristo podemos tener una victoria completa al resistir sus artimañas.

Hace más de mil ochocientos años que Cristo caminó sobre la tierra como un hombre entre los hombres. Encontró sufrimiento y miseria por todas partes. ¡Qué humillación la de Cristo! Porque, aunque tenía la forma de Dios, tomó sobre sí la forma de siervo. Era rico en el cielo, coronado de gloria y honor, y por nosotros se hizo pobre. Qué acto de condescendencia por parte del Señor de la vida y de la gloria, para elevar al hombre caído.

Jesús no vino a los hombres con órdenes y amenazas, sino con un amor sin igual. El amor engendra amor; y así el amor de Cristo manifestado en la cruz corteja y gana al pecador, y lo ata, arrepentido, a la cruz, creyendo y adorando las profundidades incomparables del amor de un Salvador. Cristo vino al mundo para perfeccionar el carácter justo de muchos y elevar a la raza caída. Pero sólo unos pocos de los millones de nuestro mundo aceptarán la rectitud y excelencia de su carácter, y cumplirán los requisitos dados para asegurar su felicidad.

Sus lecciones de instrucción y su vida santa, si se siguieran, detendrían la marea de miseria física y moral que ha mancillado

de tal modo la imagen moral de Dios en el hombre, que apenas tiene un parecido con el noble Adán cuando estaba en el Edén en su santa inocencia. Toda prohibición de Dios es para la salud y el bienestar eterno del hombre. En la obediencia a todos los requerimientos de Dios, habrá paz y felicidad no acompañadas de vergüenza o reproches de conciencia.

Pero muy pocos del mundo cristiano están siguiendo a su Maestro en un curso de humilde obediencia, progresando en santidad y perfección del carácter cristiano. La intemperancia y el libertinaje están aumentando grandemente, y se practican en gran parte bajo el manto del cristianismo. Este deplorable estado de cosas no se debe a que los hombres sean obedientes a la ley de Dios, sino a que sus corazones se levantan en rebelión contra sus santos preceptos.

El arrepentimiento hacia Dios, porque su ley ha sido transgredida, y la fe en Jesucristo, son los únicos medios por los cuales podemos ser elevados a la pureza de vida y a la reconciliación con Dios. Si se comprendieran plenamente todos los pecados que han atraído la ira de Dios sobre ciudades y naciones, se descubriría que sus males y calamidades son el resultado de apetitos y pasiones incontrolados.

Más de una caída

Si la raza hubiera dejado de caer cuando Adán fue expulsado del Edén, ahora estaríamos en una condición mucho más elevada física, mental y moralmente. Pero mientras los hombres deploran la caída de Adán, que ha resultado en tan indecible infortunio, desobedecen los expresos mandatos de Dios, como lo hizo Adán, aunque tienen su ejemplo para advertirles que no hagan lo que él hizo al violar la ley de Jehová. Ojalá el hombre hubiera dejado de caer con Adán. Pero ha habido una sucesión de caídas. Los hombres no tomarán la advertencia de la experiencia de Adán. Complacerán el apetito y la pasión en violación directa de la ley de Dios, y al mismo tiempo continuarán lamentando la transgresión de Adán, que trajo el pecado al mundo.

Desde los días de Adán hasta los nuestros ha habido una sucesión de caídas, cada una mayor que la anterior, en cada especie de crimen. Dios no creó una raza de seres tan desprovistos de salud, belleza y poder moral como la que existe ahora en el mundo. Las enfermedades de todo tipo han ido aumentando temerosamente sobre la raza. Esto no ha sido por la providencia especial de Dios, sino directamente contrario a su voluntad. Se ha

producido por el desprecio del hombre de los mismos medios que Dios ha ordenado para protegerle de los terribles males existentes. La obediencia a la ley de Dios en todos los aspectos salvaría a los hombres de la intemperancia, el libertinaje y las enfermedades de todo tipo. Nadie puede violar la ley natural sin sufrir el castigo. ¿Qué hombre vendería deliberadamente sus capacidades mentales por cualquier suma de dinero? Si alguien le ofreciera dinero por desprenderse de su intelecto, rechazaría con repugnancia la insensata sugerencia. Sin embargo, miles de personas renuncian a la salud de su cuerpo, al vigor de su intelecto y a la elevación de su alma por satisfacer su apetito. En lugar de ganancias, sólo experimentan pérdidas. No se dan cuenta de ello debido a su sensibilidad adormecida. Han trocado las facultades que Dios les dio. ¿Y a cambio de qué? A cambio de sensualidades rastreras y vicios degradantes. La gratificación del gusto es complacida a costa de la salud y el intelecto.

Cristo comenzó la obra de redención justo donde comenzó la ruina. Hizo provisión para reinstaurar al hombre en su pureza divina si aceptaba la ayuda que se le brindaba. Mediante la fe en su nombre todopoderoso — el único nombre dado bajo el cielo por el que podemos ser salvados — el hombre podría vencer el apetito y la pasión, y mediante su obediencia a la ley de Dios, la salud ocuparía el lugar de las dolencias y las enfermedades corruptoras. Los que venzan seguirán el ejemplo de Cristo, sometiendo los apetitos corporales y la pasión al control de la conciencia y la razón iluminadas.

Si los ministros que predican el Evangelio cumplieran con su deber y fueran también ejemplos para el rebaño de Dios, sus voces se alzarían como una trompeta para mostrar al pueblo sus transgresiones y a la casa de Israel sus pecados. Los ministros que exhortan a los pecadores a convertirse deben definir claramente lo que es el pecado y lo que es la conversión del pecado. El pecado es la transgresión de la ley. El pecador convicto debe ejercitar el arrepentimiento hacia Dios por la transgresión de su ley, y la fe hacia nuestro Señor Jesucristo.

El apóstol nos da la verdadera definición del pecado. "El pecado es la transgresión de la ley" (1 Juan 3:4). La clase más numerosa de los profesos embajadores de Cristo son guías ciegos. Alejan al pueblo del camino de la seguridad representando los requisitos y prohibiciones de la antigua ley de Jehová como arbitrarios y severos. Dan licencia al pecador para sobrepasar los límites de la ley de Dios. En esto son como el gran adversario de las almas,

abriendo ante ellas una vida de libertad en violación de los mandamientos de Dios. Con esta libertad sin ley desaparece la base de la responsabilidad moral.

Los que siguen a estos líderes ciegos cierran las avenidas de sus almas a la recepción de la verdad. No permiten que la verdad con sus aspectos prácticos afecte sus corazones. El mayor número refuerza sus almas con prejuicios contra las verdades nuevas, y también contra la luz más clara que muestra la aplicación correcta de una verdad antigua, la ley de Dios, que es tan antigua como el mundo. Los intemperantes y licenciosos se deleitan en la afirmación, repetida a menudo, de que la ley de los diez mandamientos no es obligatoria en esta dispensación. La avaricia, los robos, los perjurios y los crímenes de todo tipo se llevan a cabo bajo el manto del cristianismo.

Fuente: *Review & Herald,* 4 de marzo de 1875.

Capítulo 10 Salud y felicidad

¿Y por qué no deberían los hombres hacer estas cosas si la ley que las prohíbe está abolida? Ningún mensaje de la tierra o del cielo puede impresionar con fuerza a los intemperantes y licenciosos que se engañan con la teoría de que la ley de los diez mandamientos está abolida. Muchos profesos ministros de Cristo exhortan al pueblo a la santidad de vida, mientras ellos mismos ceden al poder del apetito y a la contaminación del tabaco. Estos maestros, que están induciendo al pueblo a despreciar la ley física y moral, tendrán dentro de poco un temible registro que conocer.

La salud, la verdad y la felicidad nunca pueden progresar sin un conocimiento inteligente de la ley de Dios y una obediencia plena a ella, y una fe perfecta en Jesucristo. El Señor no utiliza ningún otro medio para llegar al corazón humano. Muchos profesos cristianos reconocen que en el uso del tabaco se entregan a una práctica sucia, costosa y perjudicial. Pero se excusan diciendo que el hábito está formado y que no pueden vencerlo. En este reconocimiento rinden homenaje a Satanás, diciendo, por sus acciones, si no en palabras, que "aunque Dios es poderoso, Satanás tiene mayor poder". Por profesión dicen: "Somos siervos de Jesucristo", mientras que sus obras dicen que se someten al dominio de Satanás, porque les cuesta el menor inconveniente. ¿Es esto vencer como venció Cristo, o es ser vencido por la tentación? Y la disculpa

anterior es instada por hombres en el ministerio, que profesan ser embajadores de Cristo.

Muchas son las tentaciones y asechanzas que por todas partes arruinan las perspectivas de los jóvenes, tanto para este mundo como para el venidero. Pero el único camino seguro es que jóvenes y viejos vivan en estricta conformidad con los principios de la ley física y moral. El camino de la obediencia es el único que conduce al Cielo. Los ebrios de alcohol y tabaco darían, a veces, cualquier cantidad de dinero si con ello pudieran vencer su apetito por estas indulgencias que destruyen el cuerpo y el alma. Y quienes no someten los apetitos y las pasiones al control de la razón, los complacen a expensas de las obligaciones físicas y morales.

Las víctimas de un apetito depravado, incitadas por las continuas tentaciones de Satanás, buscarán la indulgencia a expensas de la salud e incluso de la vida, y acudirán al tribunal de Dios como asesinos de sí mismos. Muchos han permitido durante tanto tiempo que el hábito los domine, que se han convertido en esclavos del apetito. No tienen el valor moral para perseverar en la abnegación y soportar el sufrimiento durante un tiempo mediante la restricción y la negación del gusto, con el fin de dominar el vicio. Esta clase se niega a vencer como lo hizo su Redentor. ¿No soportó Cristo el sufrimiento físico y la angustia mental por cuenta del hombre en el desierto?

Muchos han permitido durante tanto tiempo que el apetito y el gusto controlen la razón, que no tienen poder moral para perseverar en la abnegación y soportar el sufrimiento durante un tiempo, hasta que la naturaleza maltratada pueda retomar su trabajo y se establezca una acción saludable en el sistema. Muchas personas con gustos pervertidos se encogen ante la idea de restringir su dieta, y continúan con sus indulgencias malsanas. No están dispuestos a vencer como lo hizo su Redentor.

¡Qué escena de sufrimiento sin parangón fue aquel ayuno de casi seis semanas, mientras Jesús era asaltado por las tentaciones más feroces! ¡Cuán pocos pueden comprender el amor de Dios por la raza caída, que no impidió que su Hijo divino tomara sobre sí la humillación de la humanidad! Entregó a su amado a la vergüenza y a la agonía, para llevar a la gloria a muchos hijos e hijas.

Cuando el hombre pecador pueda discernir el inexpresable amor de Dios al dar a su Hijo para morir en la cruz, comprenderemos mejor que es una ganancia infinita vencer como Cristo venció. Y comprenderemos que es una pérdida eterna si ganamos el

mundo entero, con todo su placer y gloria, y sin embargo perdemos el alma. El cielo es bastante barato a cualquier precio.

A orillas del Jordán, la voz del Cielo, acompañada de la manifestación de la gloria excelsa, proclamó que Cristo era el Hijo del Eterno. Satanás debía encontrarse personalmente con el Jefe del reino que había venido a derrocar. Si fracasaba, sabía que estaba perdido. Por eso, la fuerza de sus tentaciones estaba en consonancia con la grandeza del objeto que perdería o ganaría. Durante cuatro mil años, desde que se hizo la declaración a Adán de que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza, había estado planeando su manera de atacar.

Hizo sus mayores esfuerzos para vencer a Cristo en el punto del apetito en un momento en que estaba sufriendo las punzadas más agudas del hambre. La victoria obtenida tenía por objeto, no sólo servir de ejemplo a los que han caído bajo el poder del apetito, sino calificar al Redentor para su obra especial de llegar hasta lo más profundo de la aflicción humana. Experimentando en sí mismo la fuerza de la tentación de Satanás, y de los sufrimientos y enfermedades humanas, sabría cómo socorrer a los que debían esforzarse por ayudarse a sí mismos.

Ninguna cantidad de dinero puede comprar una sola victoria sobre las tentaciones de Satanás. Pero aquello que el dinero no tiene valor para obtener, que es la integridad, el esfuerzo decidido y el poder moral, obtendrá, por medio del nombre de Cristo, nobles victorias en el punto del apetito. ¿Y si el conflicto costara al hombre incluso la vida? ¿Y si los esclavos de estos vicios mueren realmente en la lucha por liberarse del poder controlador del apetito? mueren por una buena causa. Y si la victoria se obtiene a costa de la vida humana, no es demasiado cara si el vencedor puede subir en la primera resurrección, y tener la recompensa del vencedor.

Todo, entonces, se gana. Pero no se sacrificará la vida en la lucha por vencer los apetitos depravados. Y es una certeza que a menos que venzamos como Cristo venció no podemos tener un asiento con él en su trono. Aquellos que ante la luz y la verdad destruyen la salud mental, moral y física, por indulgencia de cualquier tipo, perderán el Cielo. Sacrifican a los ídolos los poderes que Dios les ha dado. Dios merece y reclama nuestros primeros y más elevados pensamientos y nuestros más santos afectos A un costo infinito, Cristo nuestro Redentor ha comprado cada facultad y nuestra existencia misma, y todas nuestras bendiciones en la vida han sido compradas para nosotros con el precio de su sangre. ¿Aceptaremos las bendiciones y olvidaremos las exigencias del

Dador? ¿Puede alguno de nosotros consentir en seguir sus inclinaciones, satisfacer sus apetitos y pasiones y vivir sin Dios? ¿Comeremos y beberemos como las bestias, y no asociaremos el pensamiento de Dios con cada bien que disfrutamos más que los animales mudos?

Aquellos que hacen esfuerzos decididos en el nombre del Conquistador para vencer cada antojo antinatural del apetito no morirán en el conflicto. En sus esfuerzos por controlar el apetito, se colocan a sí mismos en correctas relaciones con la vida, para que puedan disfrutar de la salud y el favor de Dios, y tener un derecho sobre la vida inmortal.

Miles de personas venden continuamente su vigor físico, mental y moral por el placer del gusto. Cada una de las facultades tiene su función distintiva y, sin embargo, todas dependen unas de otras. Y si se preserva cuidadosamente el equilibrio, se mantendrán en acción armoniosa. Ninguna de estas facultades puede valorarse en dólares y centavos. Y sin embargo, por una buena cena, por alcohol o tabaco, se venden. Y mientras están paralizadas por la indulgencia del apetito, Satanás controla la mente, y conduce a toda especie de crimen y maldad. Dios nos ha ordenado que conservemos todas nuestras facultades en saludable vigor, para que podamos tener un claro sentido de sus requerimientos, y para que podamos perfeccionar la santidad en su temor.

Fuente: *Review & Herald,* 18 de marzo de 1875.

Capítulo 11 Fuego extraño

Nadab y Abiú, hijos de Aarón, que ejercían el santo oficio del sacerdocio, bebían vino libremente y, según su costumbre, entraban a servir delante del Señor. A los sacerdotes que quemaban incienso delante del Señor se les exigía que usaran el fuego de Dios, que ardía día y noche y nunca se extinguía. Dios dio instrucciones explícitas sobre cómo debía realizarse cada parte de su servicio, para que todo lo relacionado con su culto sagrado estuviera de acuerdo con su carácter santo. Y cualquier desviación de las instrucciones expresas de Dios en relación con su santo servicio era castigada con la muerte.

Ningún sacrificio sería aceptable para Dios que no estuviera salado ni sazonado con el fuego divino, que representaba la comunicación entre Dios y el hombre que se abría sólo por medio de Jesucristo. El fuego sagrado que debía ponerse sobre el incensario se mantenía ardiendo perpetuamente. Y mientras el pueblo de Dios estaba fuera, orando fervorosamente, el incienso encendido por el fuego sagrado debía elevarse ante Dios, mezclado con sus oraciones. Este incienso era un emblema de la mediación de Cristo.

Los hijos de Aarón tomaron el fuego común que Dios no aceptaba, y ofrecieron insulto al Dios infinito presentando este fuego extraño ante él. Dios los consumió con fuego por su desprecio positivo de sus instrucciones expresas.

Todas sus obras fueron como la ofrenda de Caín. No había ningún Salvador divino representado. Si estos hijos de Aarón hubieran tenido pleno dominio de sus facultades razonadoras, habrían discernido la diferencia entre el fuego común y el sagrado. La satisfacción del apetito degradó sus facultades y nubló tanto su intelecto que su poder de discernimiento desapareció. Comprendían plenamente el carácter santo del servicio típico, y la terrible solemnidad y responsabilidad que asumían al presentarse ante Dios para ministrar en el servicio sagrado.

Algunos se preguntarán: ¿Cómo podrían haber sido responsables los hijos de Aarón cuando sus intelectos estaban tan paralizados por la intoxicación que no eran capaces de discernir la diferencia entre el fuego sagrado y el fuego común? Fue al llevarse la copa a los labios cuando se hicieron responsables de todos sus actos cometidos bajo la influencia del vino. La indulgencia del apetito les costó la vida a aquellos sacerdotes. Dios prohibió expre-

samente el uso de vino que tuviera una influencia que enturbiara el intelecto.

"Y habló Jehová a Aarón, diciendo: No bebas vino ni sidra, tú, ni tus hijos contigo, cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; estatuto perpetuo será por vuestras generaciones; y para que hagáis diferencia entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio; y para que enseñéis a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les ha hablado por mano de Moisés." (Levítico 2:8-11).

El mandato especial de Dios a los hebreos en referencia al uso de licores embriagantes debe ser considerado en esta dispensación. Pero muchos que ocupan las más altas responsabilidades en nuestro país son, en demasiados casos, esclavos del licor y del tabaco.

Los jurados de nuestros tribunales, por cuyo veredicto se decide la inocencia o culpabilidad de sus semejantes, son muchos de ellos bebedores de licor y ebrios de tabaco. Y, mientras están bajo la influencia de éstos, que nublan el intelecto y degradan el alma, juzgan la libertad y la vida de sus semejantes.

El juicio pervertido en muchos casos libra de todo castigo a los mayores criminales, cuando la seguridad de la sociedad exige que reciban la pena completa de la ley que han violado.

Los hombres que legislan y los que ejecutan las leyes de nuestro gobierno, mientras violan las leyes de su ser en apetitos degradantes, que atontan y paralizan el intelecto, no son aptos para decidir el destino de sus semejantes. Sólo aquellos que sienten la necesidad de mantener el alma, el cuerpo y el espíritu, en conformidad con la ley natural, con el fin de que puedan preservar el equilibrio correcto de sus poderes mentales, son aptos para decidir cuestiones importantes en referencia a la ejecución de la ley de nuestra tierra. Esta fue la mente de Dios al decretar a los hebreos que el vino no debía ser usado por aquellos que ejercían un oficio sagrado.

Aquí tenemos las instrucciones más claras de Dios, y sus razones para prohibir el uso del vino; para que su poder de discriminación y discernimiento sea claro, y de ninguna manera confuso; para que su juicio sea correcto, y siempre puedan discernir entre lo limpio y lo inmundo. También se da otra razón de peso por la que deberían abstenerse de cualquier cosa que pudiera intoxicar. Para presentar a los hijos de Israel todos los estatutos que Dios les había hablado, se requeriría el pleno uso de la razón sin nubarrones.

Cualquier cosa en el comer y beber que inhabilite las facultades mentales para un ejercicio saludable y activo es un pecado agravante a los ojos de Dios. Este es especialmente el caso con aquellos que ministran en las cosas santas, quienes deben ser en todo momento ejemplos para el pueblo, y estar en condiciones de instruirlos apropiadamente.

A pesar de tener ante sí este sorprendente ejemplo, algunos cristianos profesos profanan la casa de Dios con alientos contaminados por los vapores del licor y el tabaco. Y las escupideras se llenan a veces con la saliva expulsada y los quids del tabaco. Los efluvios surgen constantemente de estos receptáculos, contaminando la atmósfera. Hombres que profesan ser cristianos se inclinan para adorar a Dios, y se atreven a rezarle con los labios manchados de tabaco, mientras sus nervios medio paralizados tiemblan por el uso agotador de este poderoso narcótico. Y esta es la devoción que ofrecen a un Dios santo y que odia el pecado. Ministros en el sagrado escritorio, con la boca y los labios contaminados, se atreven a tomar la sagrada palabra de Dios en sus labios contaminados. Piensan que Dios no se da cuenta de su indulgencia pecaminosa. "Porque la sentencia contra una obra mala no se ejecuta con prontitud, por eso el corazón de los hijos de los hombres está completamente dispuesto en ellos para hacer el mal". Dios no recibirá más sacrificio de manos de los que así se contaminan, y ofrecen con su servicio el incienso de tabaco y licor, de lo que recibiría la ofrenda de los hijos de Aarón, que ofrecían incienso con fuego extraño.

Dios no ha cambiado. Él es tan particular y exacto en sus requerimientos ahora como lo fue en los días de Moisés. Pero en los santuarios de adoración de nuestros días, con los cánticos de alabanza, las oraciones y la enseñanza desde el púlpito, no sólo hay fuego extraño, sino contaminación positiva. En lugar de predicarse la verdad con la santa unción de Dios, a veces se habla bajo la influencia del tabaco y el brandy. ¡Fuego extraño en verdad! La verdad bíblica y la santidad bíblica se presentan al pueblo, y se ofrecen oraciones a Dios, ¡mezcladas con el hedor del tabaco! Semejante incienso es muy aceptable para Satanás. ¡Qué terrible engaño es éste! ¡Qué ofensa a los ojos de Dios! ¡Qué insulto a Aquel que es santo, que mora en luz inaccesible!

Si las facultades de la mente estuvieran en vigor saludable, los cristianos profesos discernirían la inconsistencia de tal adoración. Como Nadab y Abiú, sus sensibilidades están tan embotadas que no hacen diferencia entre lo sagrado y lo común. Las cosas santas

y sagradas se ponen al mismo nivel que sus alientos tabaquizados, sus cerebros entumecidos y sus almas contaminadas, contaminadas por la indulgencia del apetito y la pasión.

Los cristianos profesos comen y beben, fuman y mastican tabaco, y se vuelven glotones y borrachos, para gratificar el apetito, ¡y todavía hablan de vencer como Cristo venció!

Fuente: *Review & Herald,* 25 de marzo de 1875.

Capítulo 12 Pecado de presunción



Véase el APÉNDICE

Hay muchos que no distinguen entre la temeridad de la presunción y la confianza inteligente de la fe. Satanás pensó que con sus tentaciones podría engañar al Redentor del mundo, para que hiciera un movimiento audaz al manifestar su poder divino, para crear una sensación, y para sorprender a todos por la maravillosa exhibición del poder de su Padre al preservarlo de la injuria. Sugirió que Cristo apareciese en su verdadero carácter, y mediante esta obra maestra de poder, estableciese su derecho a la confianza y la fe de la gente, de que él era realmente el Salvador del mundo. Si Cristo hubiera sido engañado por las tentaciones de Satanás, y hubiera ejercido su poder milagroso para librarse de la dificultad, habría roto el contrato hecho con su Padre, de ser un probo en favor de la raza.

Fue una tarea difícil para el Príncipe de la Vida llevar a cabo el plan que había emprendido para la salvación del hombre, al revestir su divinidad de humanidad. Había recibido honores en las cortes celestiales, y estaba familiarizado con el poder absoluto. Era tan difícil para él mantener el nivel de humanidad como lo es para los hombres elevarse por encima del bajo nivel de sus naturalezas depravadas, y ser partícipes de la naturaleza divina.

Cristo fue sometido a la prueba más dura, requiriendo la fuerza de todas sus facultades para resistir la inclinación cuando estaba en peligro, usar su poder para librarse del peligro y triunfar sobre el poder del príncipe de las tinieblas. Satanás demostró su conocimiento de los puntos débiles del corazón humano, y desplegó todo su poder para aprovecharse de la debilidad de la humanidad que Cristo había asumido a fin de vencer sus tentaciones por cuenta del hombre.

Dios ha dado al hombre preciosas promesas bajo condiciones de fe y obediencia; pero no han de sostenerle en ningún acto imprudente. Si los hombres se ponen innecesariamente en peligro, y van adonde Dios no les exige que vayan, y se exponen confiadamente al peligro, haciendo caso omiso de los dictados de la razón, Dios no obrará un milagro para aliviarlos. No enviará a sus ángeles para preservar a nadie de ser quemado si decide ponerse en el fuego.

Adán no fue engañado por la serpiente, como lo fue Eva, y fue inexcusable en Adán transgredir precipitadamente el mandato positivo de Dios. Adán fue presuntuoso porque su esposa había pecado. No podía ver lo que sería de Eva. Estaba triste, preocupado y tentado. Escuchó el relato de Eva de las palabras de la serpiente, y su constancia e integridad comenzaron a vacilar. Surgieron en su mente dudas acerca de si Dios quería decir exactamente lo que decía. Comió precipitadamente el fruto tentador.

Espiritismo moderno

Los espiritistas [2] hacen que el camino al infierno sea de lo más atractivo. Estos maestros engañosos visten a los espíritus de las tinieblas con ropas puras del Cielo, y tienen poder para engañar a aquellos que no están fortificados con la verdad bíblica. La vana filosofía se emplea en representar el camino al infierno como un camino seguro. Con la imaginación altamente forjada, y las voces musicalmente afinadas, ellos pintan el camino ancho como uno de felicidad y gloria. La ambición presenta ante las almas engañadas, como Satanás presentó a Eva, una libertad y una dicha para que disfruten de lo que nunca concibieron que fuera posible. Se alaba a los hombres que han recorrido el ancho camino del infierno, y que después de muertos son exaltados a las más altas posiciones en el mundo eterno.[3]

Satanás, vestido con túnicas de resplandor, apareciendo como un ángel exaltado, tentó sin éxito al Redentor del mundo. Pero cuando viene al hombre vestido como un ángel de luz tiene mejor éxito. Encubre sus espantosos propósitos, y tiene demasiado éxito en engañar a los incautos que no están firmemente anclados en la verdad eterna.

---

[2] Nota del compilador: Los espiritistas son aquellos que practican fenómenos mediúmnicos con los supuestos espíritus de los difuntos.
[3] Nota del compilador: Véase el apéndice de P. Luisetti que aclara esta afirmación, la cual sin duda se refiere a Tomás Paine, un deísta declarado.

Las riquezas, el poder, el genio, la elocuencia, el orgullo, la razón pervertida y la pasión se alistan como agentes de Satanás para hacer su obra de hacer atractivo el camino ancho, sembrándolo de flores tentadoras. Pero cada palabra que hayan pronunciado contra el Redentor del mundo se reflejará en ellos, y un día arderá en sus almas culpables como plomo fundido. Serán abrumados por el terror y la vergüenza cuando contemplen al exaltado viniendo en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Entonces el atrevido desafiante, que se levantó contra el Hijo de Dios, se verá a sí mismo en la verdadera negrura de su carácter. La visión de la gloria inefable del Hijo de Dios será intensamente dolorosa para aquellos cuyo carácter esté manchado por el pecado. La luz pura y la gloria que emanan de Cristo despertarán remordimiento, vergüenza y terror. Enviarán gemidos de angustia a las rocas y a las montañas: "Caed sobre nosotros, y escondednos de la faz de Aquel que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado, y ¿quién podrá sostenerse en pie?" (Apocalipsis 6:16,17).

Los espiritistas pretenden tener luz y poder superiores. Han abierto la puerta e invitado a entrar al príncipe de las tinieblas, y lo han convertido en su huésped de honor. Se han aliado a los poderes de las tinieblas que se están desarrollando en estos últimos días en señales y prodigios, que si fuera posible engañarían a los mismos elegidos. Los espiritistas afirman que pueden hacer milagros mayores que los que hizo Cristo. Satanás hizo las mismas fanfarronadas a Cristo. Porque el Hijo de Dios se había vinculado a la debilidad de la humanidad, para ser tentado en todo como debe ser tentado el hombre, Satanás triunfó sobre él, y se burló de él. Se jactaba de su fuerza superior, y le retaba a entablar una controversia con él.

Los espiritistas están aumentando en número. Vendrán a los hombres que tienen la verdad como Satanás vino a Cristo, tentándolos a manifestar su poder y hacer milagros, y dar evidencia de que son favorecidos por Dios, y de que son las personas que tienen la verdad. Satanás dijo a Cristo: "Si eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en pan" (Mateo 4:3). Herodes y Pilatos pidieron a Cristo que hiciera milagros cuando estaba siendo juzgado por su vida. Se despertó su curiosidad, pero Cristo no obró ningún milagro para gratificarlos.

Los espiritistas presionarán para entrar en controversia con los ministros que enseñan la verdad. Si declinan, los desafiarán. Citarán las Escrituras, como hizo Satanás con Cristo. "Probadlo

todo", dicen. Pero su idea de probar es escuchar sus razonamientos engañosos, y asistir a sus círculos. Pero en sus reuniones, los ángeles de las tinieblas asumen las formas de amigos muertos, y se comunican con ellos como ángeles de luz. [4]

La única seguridad para el pueblo de Dios es estar completamente familiarizado con sus Biblias, y ser inteligente en las razones de nuestra fe con respecto al sueño de los muertos. Satanás es un enemigo astuto. Y no es difícil para los ángeles malignos representar tanto a santos como a pecadores que han muerto, y hacer que estas representaciones sean visibles a los ojos humanos. Estas manifestaciones serán más frecuentes, y acontecimientos de carácter más sorprendente aparecerán a medida que nos acerquemos al fin de los tiempos.

No debemos asombrarnos de nada en la línea de los engaños para atraer a los incautos, y engañar, si es posible, a los mismos elegidos. Los espiritistas citan: "Probadlo todo". Pero Dios, para beneficio de su pueblo que vive en medio de los peligros de los últimos días, ha probado esta clase, y ha dado el resultado de su prueba. "Aquel cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con todo poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Y por esto les enviará Dios fuerte engaño, para que crean la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia" (2 Tesalonicenses 2:9-12).

Fuente: *Review & Herald,* 1 de abril de 1875.

Capítulo 13 Grandes señales y prodigios

Juan en la Isla de Patmos, vio las cosas que vendrían sobre la tierra en los últimos días. "Y hace grandes maravillas, de tal manera que hace descender fuego del cielo sobre la tierra a la vista de los hombres" (Apocalipsis 13:3). "Porque son espíritus de demonios, que hacen milagros, los cuales salen a los reyes de la tierra y de todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso" (Apocalipsis 16:14).

---

[4] Nota del compilador: El estado de los muertos, según la Biblia, no es como el de los espiritistas que afirman creer en una comunicación continua con los difuntos a través de su médium.

El apóstol Pedro señala claramente la clase que se manifestará en estos días. "Pero principalmente los que andan según la carne, en concupiscencia de inmundicia, y desprecian el gobierno. Son presuntuosos, obstinados, no temen hablar mal de las dignidades. Mientras que los ángeles, que son mayores en poder y fuerza, no presentan acusación injuriosa contra ellos ante el Señor. Pero éstos, como bestias brutas naturales hechas para ser tomadas y destruidas, hablan mal de las cosas que no entienden; y perecerán completamente en su propia corrupción, y recibirán la recompensa de la injusticia, como aquellos que consideran un placer hacer disturbios durante el día. Manchas son y manchas, divirtiéndose con sus propios engaños mientras banquetean con vosotros; teniendo ojos llenos de adulterio, y que no pueden cesar de pecar; seduciendo a almas inestables; un corazón que han ejercitado con prácticas codiciosas; hijos malditos" (2 Pedro 2:10-14).

Dios, en su palabra, ha puesto su sello sobre las herejías del espiritismo como puso su marca sobre Caín. Los piadosos no necesitan ser engañados si son estudiantes de las Escrituras y obedientes para seguir el camino claro marcado para ellos en la palabra de Dios.

El espiritualista jactancioso reclama una gran libertad, y con un lenguaje suave y florido trata de fascinar y engañar a las almas incautas para que elijan el camino ancho del placer y la indulgencia pecaminosa, en lugar del sendero estrecho y el camino recto. Los espiritistas llaman a los requisitos de la ley de Dios esclavitud, y dicen que aquellos que los obedecen viven una vida de temor servil. Con palabras suaves y hermosos discursos se jactan de su libertad, y tratan de cubrir sus peligrosas herejías con las vestiduras de la justicia. Harían que los crímenes más repugnantes fueran considerados como bendiciones para la raza.

Abren ante el pecador una puerta ancha para seguir los impulsos del corazón carnal y violar la ley de Dios, especialmente el séptimo mandamiento. Los que pronuncian estas grandes palabras hinchadas de vanidad, y que triunfan en su libertad en el pecado, prometen a aquellos a quienes engañan el goce de la libertad en un curso de rebelión contra la voluntad revelada de Dios. Estas almas engañadas están ellas mismas en la mayor esclavitud de Satanás y son controladas por su poder, y sin embargo prometen libertad a los que se atrevan a seguir el mismo curso de pecado que ellas mismas han escogido.

En esto sí que se cumplen las Escrituras: en que los ciegos guían a los ciegos. Porque por quien un hombre es vencido, del mismo es

traído en esclavitud. Estas almas engañadas están bajo la más abyecta esclavitud a la voluntad de los demonios. Se han aliado a los poderes de las tinieblas y no tienen fuerza para ir en contra de la voluntad de los demonios. Esta es su presumida libertad. Satanás los vence y los esclaviza, y la gran libertad prometida a los que engañan es una esclavitud indefensa al pecado y a Satanás.

No debemos asistir a sus círculos, ni nuestros ministros deben entrar en controversia con ellos. Son de esa clase específica a quienes no debemos invitar a nuestras casas, ni desearles buena suerte. Tenemos que comparar sus enseñanzas con la voluntad revelada de Dios.

No debemos involucrarnos en una investigación del espiritismo. Dios ha investigado esto por nosotros, y nos dijo definitivamente que una clase se levantaría en los últimos días que negarían a Cristo que los ha comprado con su propia sangre. El carácter de los espiritistas está tan claramente descrito que no necesitamos ser engañados por ellos. Si obedecemos el mandato divino, no simpatizaremos con los espiritistas, por muy suaves y justas que sean sus palabras.

El amado Juan continúa su advertencia contra los seductores: "¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Es Anticristo el que niega al Padre y al Hijo. El que niega al Hijo, no tiene al Padre, pero el que reconoce al Hijo, tiene también al Padre" (1 Juan 2:22-23).

En la segunda epístola de Pablo a los Tesalonicenses, nos exhorta a estar en guardia y a no apartarnos de la fe. Él habla de la venida de Cristo como un evento que seguirá inmediatamente a la obra de Satanás en el espiritismo en estas palabras: "Aquel cuya venida es según la operación de Satanás con todo poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Y por esto Dios les enviará fuerte engaño, para que crean la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia" (2 Tesalonicenses 2:9-12).

En la epístola de Pablo a Timoteo, predice lo que se manifestará en los últimos días. Y esta advertencia era para beneficio de los que viviesen cuando estas cosas tuviesen lugar. Dios reveló a su siervo los peligros de la iglesia en los últimos días. Escribe: "Ahora bien, el Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus seductores y a

doctrinas de demonios, hablando mentiras con hipocresía, y teniendo la conciencia cauterizada con hierro candente" (1 Timotéo 4:1,2).

El fiel Pedro habla de los peligros a que estaría expuesta la Iglesia cristiana en los últimos días, y describe más detalladamente las herejías que surgirían y los seductores blasfemos que tratarían de arrastrar a las almas en pos de ellas. "Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías perniciosas, negando al Señor que los compró, y acarrearán sobre sí mismos destrucción rápida. Y muchos seguirán sus caminos perniciosos, por causa de los cuales se hablará mal del camino de la verdad" (2 Pedro 2:1,2).

Aquí Dios ha obrado para nosotros la prueba de la clase mencionada. Se han negado a reconocer a Cristo como el Hijo de Dios, y no tienen más reverencia por el Padre eterno que por su Hijo, Jesucristo. No tienen ni al Hijo ni al Padre. Y como su gran jefe, el jefe rebelde, están en rebelión contra la ley de Dios, y desprecian la sangre de Cristo.

Podemos alegrarnos en todas las condiciones de la vida y triunfar en todas las circunstancias, porque el Hijo de Dios bajó del Cielo y se sometió a cargar con nuestras debilidades y a soportar el sacrificio y la muerte para darnos la vida inmortal. Llevará siempre las huellas de su humillación terrena en favor del hombre. Mientras las huestes redimidas y el puro tropel angélico le rindan honores y le adoren, llevará las marcas de quien ha sido inmolado. Cuanto más plenamente apreciemos el sacrificio infinito hecho en nuestro favor por un Salvador que expía el pecado, más estrechamente estaremos en armonía con el Cielo.

El desarrollo del carácter

Aquí tenemos que formar nuestro carácter. Dios nos pondrá a prueba y nos probará colocándonos en posiciones que nos permitan desarrollar la fortaleza, la pureza y la nobleza de alma más perdurables, con una paciencia perfecta de nuestra parte y una confianza total en un Salvador crucificado. Nos encontraremos con reveses, aflicción y pruebas severas; porque éstas son las pruebas de Dios. Él se sentará como un refinador y purificador de plata, y purificará a su pueblo como oro y plata, para que puedan ofrecer al Señor una ofrenda en justicia.

La cruz de Cristo está toda cubierta de oprobio y estigma, y sin embargo es esperanza de vida y exaltación para el hombre. Nadie

podrá comprender el misterio de la piedad mientras se avergüence de llevar la cruz de Cristo. Nadie podrá discernir y apreciar las bendiciones que Cristo ha comprado para el hombre a un costo infinito para sí mismo, a menos que esté dispuesto a sacrificar gozosamente los tesoros terrenales para que puedan convertirse en sus seguidores. Toda abnegación y sacrificio hechos por Cristo enriquecen al que los da, y todo sufrimiento y reproche soportados por su amado nombre aumentan el gozo final y la recompensa inmortal en el reino de gloria.

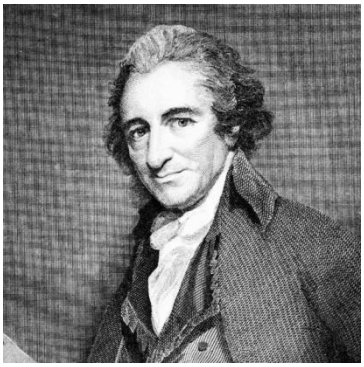
Fuente: *Review & Herald,* 15 de abril de 1875.

APÉNDICE de P. Luisetti

Para obtener más información sobre el capítulo 12 de LA TENTACIÓN DE CRISTO

Analicemos la declaración de Ellen G. de White en el capítulo 12:

«Se alaba a los hombres que han recorrido el ancho camino del infierno, y que después de muertos son exaltados a las más altas posiciones en el mundo eterno».



Los escritos de Tomás Paine (1737-1809, padre fundador de los Estados Unidos de América), eran bien conocidos y tenían muchos lectores en los Estados Unidos entre 1840 y 1850. Su libro *La Edad de la Razón* (The Age of Reason) era una obra deísta, o mejor dicho atea y perjudicial para la fe y la práctica del cristianismo. Comenzaba con esta declaración: "Creo en un Dios y nada más." Paine no tenía fe en Cristo y Satanás le usó con éxito en sus ataques contra la Iglesia. Como bien lo indicó la Señora de White, si un hombre como Paine podía entrar en el cielo y recibir honores allí, cualquier pecador podía ser admitido sin haber reformado su vida ni haber tenido fe en Jesucristo. Ella denunció esta falacia en lenguaje vigoroso y señaló el carácter irracional del espiritismo.



Primeros escritos (Early Writings)

de Elena G. de White.

«Vi que el Señor había dado al mundo oportunidad de descubrir el lazo. Este hecho sería evidencia suficiente para el cristiano, si no hubiese otra: que no se establece diferencia entre lo precioso y lo vil. Tomás Paine, cuyo cuerpo se ha reducido a polvo y quien ha de ser llamado al fin de los mil años, cuando se produzca la segunda resurrección, para que reciba su recompensa y sufra la segunda

muerte, es representado por Satanás como si estuviera en el cielo, en posición muy exaltada. Satanás lo usó en la tierra mientras pudo, y ahora continúa haciéndolo al sostener que Paine es ensalzado y honrado en el cielo. Y lo que enseñó aquí en la tierra, Satanás sostiene que lo está enseñando ahora en el cielo. Hay quienes consideraron con horror la vida y la muerte de este hombre, así como sus enseñanzas corruptas, pero se someten ahora a ser enseñados por él, aunque fué uno de los hombres más viles y más corruptos, uno que despreció a Dios y su ley.[5]

El que es padre de mentira, ciega y engaña al mundo enviando a sus ángeles para que hablen en nombre de los apóstoles, y los hace aparecer como contradiciendo lo que ellos mismos escribieron bajo el dictado del Espíritu Santo cuando estaban en la tierra. Estos ángeles mentirosos ponen en boca de los apóstoles una corrupción de sus propias enseñanzas y declaran que éstas son adulteradas. Al obrar así, Satanás se deleita en sumir en la incertidumbre, acerca de la Palabra de Dios, a los que profesan ser cristianos y a todo el mundo. El Libro Santo se atraviesa en su camino y estorba sus planes. Por lo tanto, induce a los hombres a dudar de su origen divino. Luego eleva en un pedestal al incrédulo Tomás Paine, como si hubiese entrado en el cielo cuando murió, y ahora se dedicara a enseñar al mundo, unido con los santos apóstoles a quienes odió en la tierra.

Satanás asigna a cada uno de sus ángeles el papel que ha de desempeñar. Les ordena a todos que sean astutos y arteros. Instruye a algunos para que representen el papel de los apóstoles y hablen en nombre de ellos, mientras que otros deben desempeñar la parte de incrédulos y hombres impíos que murieron maldicien-

---

[5] Nota de *Primeros escritos* (Apéndice): A fin de apreciar el vigor de estas declaraciones el lector necesita comprender que cierta obra, transmitida por un médium, el "Reverendo C. Hammond," se publicó bajo este título: *Peregrinación de Tomás Paine en el Mundo de los Espíritus.* En ella se representa a Paine como un exaltado espíritu de la séptima esfera. Y en una *"Clase de Investigaciones de Nueva York,"* se dijo que Cristo mismo había conversado con un médium y revelado que él estaba en la sexta esfera. La disparidad se destaca cuando se recuerda que los espíritus son representados progresando en el mundo espiritual, y que Cristo, después de más de 1800 años de progreso, sólo había llegado a la sexta esfera, mientras que Paine, en unos 100 años, había alcanzado la séptima. Una explicación adicional de esto puede encontrarse en una declaración del Dr. Hare, en la que afirma que el espíritu de su hermana le había dicho que su progreso había sido retardado por su creencia en la expiación de Cristo. Así es como el espiritismo ensalza a los incrédulos y la incredulidad.

do a Dios, pero ahora parecen ser muy religiosos. No se establece diferencia entre los apóstoles más santos y el incrédulo más vil. A ambos se les hace enseñar la misma cosa. A Satanás no le importa a quién hace hablar, con tal que logre su objeto. El estuvo tan estrechamente relacionado con Paine en esta tierra, y le ayudó de tal manera en su obra, que le resulta fácil saber qué palabras empleaba Paine y reproducir la letra del que le sirvió tan fielmente y logró con tanto éxito sus propósitos. Satanás dictó muchos de sus escritos, y le es fácil dictar sentimientos por medio de sus ángeles ahora y hacer aparecer como que provienen de Tomás Paine, quien, mientras vivía, era un siervo devoto del maligno. Esta es la obra maestra de Satanás. Toda esta enseñanza, que se da como proveniente de los apóstoles, de los santos y de hombres impíos que murieron, procede directamente de su majestad satánica.

El hecho de que Satanás asevere que uno a quien él amaba tanto, y que odiaba tan cabalmente a Dios, está ahora con los santos apóstoles y los ángeles gloriosos, debe bastar para quitar todo velo que cubra las inteligencias y descubrir ante ellas las obras sombrías y misteriosas de Satanás. El dice virtualmente al mundo y a los incrédulos: “No importa cuán impíos seáis, no importa que creáis o no creáis en Dios ó en la Biblia, vivid como queráis, el cielo es vuestra patria.” Porque todos saben que si Tomás Paine está en el cielo, y muy ensalzado, ellos mismos no podrán menos de llegar allí. Este error es tan patente que todos pueden verlo si quieren. Satanás está haciendo ahora, mediante personas como Tomás Paine, lo que ha estado tratando de hacer desde su caída. Está, por medio de su poder y sus prodigios mentirosos, destruyendo el fundamento de la esperanza cristiana, y apagando el sol que ha de alumbrarlos en el camino angosto que lleva al cielo. Está haciendo creer al mundo que la Biblia no es inspirada, ni mejor que un libro de cuentos, mientras ofrece algo que la ha de reemplazar, a saber, las manifestaciones espirituales».